

Pascale Absi  
Claudia Hernández Soriano

# Etnografía

para no antropólogos  
¡Ni antropólogas!

Introducción al trabajo de campo



**e**Ciencia  
Editores

**RD**  
Editions

Pascale Absi  
Claudia Hernández Soriano

# Etnografía

para no antropólogos  
¡Ni antropólogas!

**Introducción al trabajo de campo**

 **Ciencia  
Editores**

  
**IRD  
Editions**

Etnografía para no antropólogos ¡Ni antropólogas!  
Introducción al trabajo de campo  
© Pascale Absi – Claudia Hernández Soriano

Publicado en coedición por Ciencia Editores y el IRD en Bolivia.

Depósito Legal: 3-1-1938-19  
ISBN: 978-99974-933-9-2



© Ciencia Editores, 2019  
Facebook.com/cienciaeditores  
E-mail: cienciaeditores@yahoo.com.ar  
Contactos: (591) 77128400 (591 – 4) 6438328  
Sgto. Tejerina N° 127  
Sucre - Bolivia

Institut de Recherche pour le Développement  
Representación en Bolivia  
Av. Hernando Siles N° 5290, esq. Calle 7, Obrajes, La Paz.  
Telf.: (591) 2 2782969 Fax: (591) 2 2782944  
E-mail: bolivie@ird.fr

Ilustración portada: Jherson Valeriano Laime  
Ilustración interior: Carla Adriana Castellón Coronado

Edición a cargo de: Noemí Chipana Juaniquina  
Diseño gráfico tapa: Michelle Saint-Léger  
Diagramación interior: Alejandro Andrade C.  
**IMPRESO EN "RAYO DEL SUR" ☎ 6428699 • SUCRE - BOLIVIA**

Agradecimiento especial a Vincent Nicolás y Hernán Pruden por su colaboración en la revisión de este trabajo.

Se prohíbe la reproducción, transmisión, transformación, distribución o el ejercicio de cualquier derecho de autor de este documento, total o parcial, sin la autorización de Ciencia Editores.

# ÍNDICE

<b>1. ETNOGRAFÍA PARA NO ANTROPÓLOGOS, ¡NI ANTROPÓLOGAS!</b>	<b>9</b>
¿POR QUÉ UN LIBRO SOBRE EL MÉTODO ETNOGRÁFICO?	10
LO CUALITATIVO Y LO CUANTITATIVO	11
UNA BREVE HISTORIA DE LA ETNOGRAFÍA	21
LAS ENSEÑANZAS DEL RELATIVISMO CULTURAL	26
¿CIENCIA ACADÉMICA VS. CIENCIA APLICADA?	32
<b>2. ¡VAMOS AL CAMPO!</b>	<b>33</b>
¿QUÉ SIGNIFICA HACER TRABAJO DE CAMPO ETNOGRÁFICO?	33
¿QUÉ ES EL “CAMPO”?	34
CONSTRUIR EL OBJETO DE ESTUDIO DESDE EL CAMPO	35
¿CON QUIÉNES Y EN QUÉ CONTEXTOS INVESTIGAR?	40
El método etnográfico toma como universo de estudio a segmentos poblacionales reducidos	41
Estas unidades sociales reducidas permiten tener una visión global del universo de estudio	43
Terrenos virtuales	44
EL ENCUENTRO DE UN INVESTIGADOR/A PARTICULAR CON UNA SOCIEDAD PARTICULAR	46
La trayectoria personal de quien investiga	46
¿Quién soy para mis interlocutores e interlocutoras? ¿Cuál es mi lugar?	47
IMPLICACIÓN Y REFLEXIVIDAD	51
ETNOGRAFÍA EN “CASA”: CUANDO QUIEN INVESTIGA YA ESTÁ IMPLICADO	55
¿Y NUESTRO/A INTERLOCUTOR/A, QUÉ ELECCIONES TIENE?	60

<b>3. ENTREVISTAS Y OBSERVACIONES</b>	<b>63</b>
DE LA COMUNICACIÓN INFORMAL A LA ENTREVISTA PERSONALIZADA	64
¿Con quiénes hablar?	66
Los grupos focales	67
¿De qué hablar?	68
Las historias de vida	69
La historia oral	70
¿Cómo hablar?	71
LAS OBSERVACIONES Y LA OBSERVACIÓN "PARTICIPANTE"	80
La observación participante	82
¿GRABAR? ¿FILMAR? ¿FOTOGRAFIAR?	85
<b>4. EL REGISTRO ESCRITO</b>	<b>87</b>
LA SISTEMATIZACIÓN DE LOS DATOS DE CAMPO	87
EL DIARIO DE CAMPO	88
DESCRIPCIONES ANALÍTICAS E INTERPRETATIVAS	90
LA ESCRITURA EN CUANTO ACTO RESPONSABLE	99
¿DEVOLVER LA INFORMACIÓN?	102
<b>5. EPÍLOGO</b>	<b>109</b>
PARA IR MÁS LEJOS	111

## RECUADROS

<b>Recuadro 1.</b> Etnografía, etnología y antropología	10
<b>Recuadro 2.</b> ¡No hay que poner el carro delante del caballo! Afrontar la dominación masculina desde el método inductivo	15
<b>Recuadro 3.</b> Ignorantes vs. civilizados: las huellas tenaces del evolucionismo social	23
<b>Recuadro 4.</b> ¿Hablar de culturas o sociedades?	26
<b>Recuadro 5.</b> Entender antes que juzgar: el acceso de las mujeres a la tierra	28
<b>Recuadro 6.</b> En el cruce de lógicas socio-culturales enfrentadas: el aborto inducido	29
<b>Recuadro 7.</b> Entre la academia y la calle: construyendo el objeto de estudio en una investigación sobre los movimientos de jubilados en Argentina	36
<b>Recuadro 8.</b> Preguntas para definir el universo de investigación	40
<b>Recuadro 9.</b> La palabra no surge con quien, ni cuando sea. Cuando Pierre Clastres quiso estudiar el canibalismo	50
<b>Recuadro 10.</b> De cómo la reflexividad sobre nuestra posición social se torna en fuente de datos	53
<b>Recuadro 11.</b> Investigaciones participativas ¿De qué estamos hablando?	58
<b>Recuadro 12.</b> El lugar de la entrevista condiciona las respuestas	65
<b>Recuadro 13.</b> Lo que no hay que hacer en una entrevista	76
<b>Recuadro 14.</b> Disciplina y expectativas de género: observación y desafíos al sentido común	83
<b>Recuadro 15.</b> La apropiación simbólica de “los suicidios de los jubilados”. Fragmentos de una descripción analítica	91
<b>Recuadro 16.</b> Etic/emic. Más allá de la perspectiva de nuestros/as interlocutores/as	95
<b>Recuadro 17.</b> ¿Por qué las mujeres traen mala suerte en la mina?. Explicaciones mineras e interpretaciones antropológicas	96
<b>Recuadro 18.</b> “En busca de respeto”: fragmentos de una escritura etnográfica implicada	103

## SOBRE LAS AUTORAS

### Pascale Absi

A principios de los '90, luego de tres años de universidad, llegué a Bolivia desde Francia, como turista. Mi primer encuentro con los mineros de Potosí me impactó tanto que decidí quedarme. Conseguí empleo en FEDECOMIN La Paz y redacté mi tesis de maestría sobre el cooperativismo minero. Luego de varias otras estadías, defendí mi doctorado en antropología social (2001, EHESS, Paris), publicado por el PIEB: "Los ministros del diablo. El trabajo y sus representaciones en las minas de Potosí". Uno de mis propósitos era demostrar como la experiencia social y laboral de los mineros, así como las relaciones de producción, se elaboran también en el campo religioso. A partir del 2005, mi trabajo de campo en los lenocinios de Potosí y Sucre, continuó la reflexión sobre prácticas y subjetividades laborales desde una perspectiva comparada. Mientras la minería aparecía como el arquetipo del verdadero trabajo (productivo, esforzado y masculino), el uso por parte de las mujeres de su sexualidad para generar ingresos, tachaba la prostitución de ilegítima (pero no así su consumo por parte de los hombres). Los debates suscitados por las organizaciones de prostitutas que piden su reconocimiento como trabajadoras sexuales, fue la ocasión de abrir la investigación a la dimensión legal de las representaciones del trabajo y de la sexualidad. A partir del 2015, amplíé mis interrogaciones hacia las mujeres trans para reevaluar el peso del género en la prostitución y, más allá, cómo su creciente protagonismo político cuestiona el binomio sexo/género. Desde 2004, mis investigaciones son financiadas por una institución pública francesa de investigación (Institut de Recherche pour le Développement, IRD/Universidad Paris Diderot). A lo largo de mi trayectoria en Bolivia, he participado como formadora en antropología, tanto dentro como fuera de la academia, entre otros con el PIEB.

## **Claudia Hernández Soriano**

Realicé mi primera investigación etnográfica en el contexto de la elaboración de mi tesis de licenciatura en antropología (Universidad de Buenos Aires 1994); esta demandó dos años de trabajo de campo dentro del movimiento social de Jubilados (rentistas) argentinos. A mediados de 1995, visité por primera vez el departamento de Potosí en donde decidí quedarme a trabajar. Desde entonces, y hasta el año 2008, trabajé de forma continua en Bolivia con poblaciones campesinas e indígenas en distintas provincias del área rural: Nor Chichas (Potosí); Yamparáez y Oropeza (Chuquisaca); Pacajes (La Paz); Velasco (Santa Cruz) y Tarija. Posteriormente trabajé nuevamente en la Argentina; allí obtuve mi título de Maestría en gestión ambiental (Universidad Nacional de San Martín), con una tesis etnográfica sobre los usos territoriales de indígenas wichí y campesinos criollos en la Provincia de Formosa. Trabajé con proyectos de infraestructura vial e hídrica en el contexto de poblaciones indígenas Qom y Wichí (Provincia del Chaco) y Tonocoté (Provincia Santiago del Estero). Mis investigaciones en Bolivia, en muchos casos orientadas a su aplicación a través de proyectos, abarcan temas muy diversos tales como relaciones de género, prácticas ambientales y sistemas de organización política, involucrando no sólo el método etnográfico sino también diferentes modalidades de investigación participativa.



# 1 ETNOGRAFÍA

## PARA NO ANTROPÓLOGOS ¡NI ANTROPÓLOGAS!

Este manual presenta algunos conceptos y herramientas del método etnográfico para el uso de investigadores e investigadoras que quieran incursionar en el trabajo de campo etnográfico como método de investigación de grupos socio-culturales.

La etnografía se inscribe dentro de los métodos cualitativos: es una metodología de investigación que posibilita la comprensión de **la organización, las prácticas, las relaciones y las maneras de pensar de los miembros de un grupo social**, en base a información obtenida a partir de la convivencia, idealmente prolongada, con las personas de este grupo. En el campo de la etnografía no existen datos brutos listos para ser recogidos como flores en el camino, ni técnicas automáticas independientes de la perspectiva intelectual de quien investiga, de sus pensamientos personales, y de las relaciones que establece con las personas de su universo de investigación. En consecuencia, los datos etnográficos son el resultado del encuentro entre una investigadora o un investigador particular y un grupo social particular. Por ello, este manual pretende ser algo más que un catálogo de técnicas de investigación, se propone abrir la reflexión sobre los desafíos que significa construir conocimiento desde el método etnográfico.

## ¿POR QUÉ UN LIBRO SOBRE EL MÉTODO ETNOGRÁFICO?

La etnografía es el método que desarrolló la antropología, como ciencia de la vida en sociedad, para hacer trabajo de campo. La antropología social no es la única disciplina que hace trabajo de campo; la geografía, la sociología y la psicología, por ejemplo, también tienen sus propios métodos de relevamiento de datos empíricos. Sin embargo, la antropología es la ciencia que más ha sistematizado y teorizado sobre el trabajo de campo en ciencias sociales, influyendo sobre la manera en que otras disciplinas han configurado su propio método.

En la actualidad, varias disciplinas sociales tales como la sociología, la geografía, el trabajo social, la economía, las ciencias de la educación, las ciencias políticas, el derecho, etc., reivindican el método etnográfico para construir sus datos empíricos. Es también común que personas que no tienen formación universitaria en ciencias sociales deseen incursionar en el campo de la etnografía. Sin embargo, a pesar de este creciente interés en el método etnográfico, los textos metodológicos siguen siendo en general escritos para antropólogos, ¡y antropólogas! Pocas propuestas no presumen que el público destinatario ya cuenta con una formación intensiva en ciencias sociales. Este vacío es el que nos ha alentado a elaborar el presente manual, pensado para un público boliviano, con miras a despejar algunas dificultades y malentendidos suscitados por la investigación cualitativa, en el ámbito nacional.

### **Recuadro 1. Etnografía, etnología y antropología**

“Etnografía” suele referirse a la etapa de recolección y descripción de los datos de campo, mientras que “antropología social” o “etnología” (por distinción respecto a la antropología física, filosófica o a la arqueología) remite a su elaboración en un discurso científico sobre el grupo de estudio y, en última instancia, a través de la comparación entre sociedades distintas, a la construcción de teorías y discursos más generales sobre la vida en sociedad.

## LO CUALITATIVO Y LO CUANTITATIVO

La forma más fácil de entender el carácter cualitativo de la etnografía y el sentido de esta elección metodológica, es comenzar por caracterizar a su contraparte, los métodos cuantitativos. Como su nombre lo indica, los métodos cuantitativos buscan responder a interrogantes a partir de informaciones que pueden ser medidas, correlacionadas y, en fin, procesadas a través de operaciones estadísticas. Suele ser la metodología privilegiada por el Estado y los organismos internacionales para fundamentar sus diagnósticos, elaborar políticas públicas y evaluarlas. Una característica y ventaja del método cuantitativo es que construye variables que favorecen la comparación, término a término, entre dos universos distintos o de un tiempo a otro, para medir diferencias y cambios. Por ejemplo, los censos de población del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) fundamentan la repartición de los presupuestos entre departamentos y municipios, posibilitando la comparación de su evolución demográfica entre periodos censales. Las metodologías cuantitativas permiten también establecer relaciones de causalidad entre variables que miden, por ejemplo, la relación entre el acceso a los servicios de salud y la tasa de mortalidad materno-infantil, o la relación entre el nivel de ingresos de los hogares y el acceso a la universidad, para mencionar solamente correlaciones sencillas. Para ello, los métodos cuantitativos en ciencias sociales construyen sus datos a través de encuestas y cuestionarios muy estructurados que someten sistemáticamente a todas las personas encuestadas a las mismas preguntas, limitando las posibles respuestas a opiniones pre-definidas.

Aunque se suelen contrastar la metodología cualitativa y la cuantitativa, cual si fueran opuestas, tal oposición constituye un falso dilema. Lo cualitativo es el preámbulo de cualquier encuesta cuantitativa; es decir, que antes de emprender una encuesta cuantitativa (aun antes de probar el cuestionario con una muestra piloto), es necesario aplicar métodos cualitativos. Durante esta fase, se suele hacer entrevistas no estructuradas sobre el tema a investigar con unas pocas personas, buscando la mayor diversidad de perfiles. Esta etapa exploratoria permite construir las hipótesis, las categorías, las variables, y contextualizar los futuros resultados, determinando qué tipos de hechos y de procesos serán visibilizados por los datos cuantitativos y cuáles no. Esas entrevistas

previas develan también las lógicas a través de las cuales las personas entrevistadas construyen sus respuestas.

Por ejemplo, en una encuesta laboral, al incorporar una pregunta para saber si su interlocutor o interlocutora “trabaja”, no basta aclarar el tipo de actividad, su regularidad y el tiempo invertido. Es igualmente necesario indagar cómo las personas entrevistadas interpretan, desde su posición social particular, nuestras preguntas y categorías de análisis. La desvalorización de sus ingresos y trabajo por parte de las propias mujeres es, por ejemplo, un fenómeno clásico en las respuestas a las encuestas laborales ¿Cuántas mujeres, a pesar de tener empleo, declaran que no trabajan porque sus fuentes de ingresos son eventuales (comerciantes, lavanderas, comideras, etc.) y/o no coinciden con los patrones de lo que se supone ser un “verdadero” trabajo ; o sea, que implica tareas distintas de las que incumben a las mujeres en el hogar, y/o una actividad productiva y/o asalariada ? Eso no es exclusivo de ciertos medios sociales, ni de Bolivia: en muchos entornos sociales, cuando los ingresos femeninos se vuelven demasiado visibles, amenazan la base ideal de la supremacía masculina y exponen a las mujeres a conflictos y maltratos dentro de la pareja. Es la razón por la cual, durante un censo, muchas mujeres hacen lo mismo que en su hogar: minimizan su participación en la economía familiar diciendo que no trabajan, en vez de poner de manifiesto que el modelo conyugal ideal del hombre proveedor y de la ama de casa, tiene poco que ver con su realidad.

A diferencia de los métodos cuantitativos, **los métodos cualitativos** permiten acercarse a realidades que no pueden ser mensuradas, tales como la organización y las producciones culturales e intelectuales de un grupo social; las prácticas de sus miembros; las relaciones sociales; las vivencias, los afectos y las subjetividades; así como las experiencias previas y los proyectos que orientan sus comportamientos y su manera de pensar. O sea, más allá de registrar hechos y opiniones, las investigaciones cualitativas se proponen develar lógicas y procesos sociales. Para ello, no es necesario entrevistar a una muestra representativa (en el sentido estadístico) de individuos. Se trata de darse el tiempo de profundizar la relación con unas cuantas personas, sumergiéndose en el campo más allá del momento acotado de un cuestionario cuantitativo preestablecido y tomándose la libertad, en la medida que se van develando las lógicas

del grupo social estudiado, de revisar preguntas y conceptos de partida.

He aquí, contrastados con el enfoque cuantitativo, los principales parámetros metodológicos de una investigación cualitativa que iremos desarrollando a lo largo de los próximos capítulos.

<b>Investigación cualitativa</b>	<b>Investigación cuantitativa</b>
Es generalmente inductiva.	Usa el modelo hipotético-deductivo.
Parte de un estudio de caso para llegar a una conclusión general.	Obtiene estimaciones numéricas a partir la construcción de variables y correlaciones estadísticas desde las que ratifica o refuta las hipótesis del estudio.
Es flexible en el diseño metodológico.	Examina un conjunto de datos buscando cubrir de manera representativa a toda la población de estudio a partir de la teoría de probabilidades.
Utiliza la técnica de "saturación de datos", que es el momento en el que la información obtenida empieza a ser repetitiva o similar, como uno de los criterios de validez de sus datos.	La confiabilidad del estudio remite al alcance cuantitativo de la muestra que sustenta la representatividad de un universo.
Ve el escenario y las personas desde una perspectiva integral, pasado y presente.	
Examina un conjunto de ideas y prácticas, intentando interrogar a los diferentes actores según sus posiciones sociales.	

Pone énfasis en el "¿por qué?" y el "¿qué quiere decir?".	Pone énfasis en "¿qué?", "¿cuánto?", "¿en qué medida?".
Toma en cuenta las interferencias provocadas por la presencia del investigador oa la investigadora en la información obtenida, y las analiza como parte de los datos de campo.	Pretende objetividad intentando evitar las situaciones que "interfieren" con esta.
La confiabilidad del estudio está ligada a la capacidad reflexiva del investigador o la investigadora, en analizar cómo su presencia y sus preconceptos interfieren en la construcción del conocimiento.	

Finalmente, la elección entre cuantitativo y cualitativo no tiene que ver con el carácter más verdadero o científico de los resultados que arrojan tales metodologías, sino con el objetivo de la investigación. Además, se puede combinar las dos metodologías para acercarse a diferentes aspectos, y/o desde diferentes perspectivas, a un mismo objeto de investigación.

## Recuadro 2. ¡No hay que poner el carro delante del caballo!

### Afrontar la dominación masculina desde el método inductivo

*“Esclavitud sexual”; “Cosificación de la mujer”; “Cientos de niñ@s y adolescentes víctimas de explotación y tráfico sexual”; “La prostitución es libertad de decidir sobre su cuerpo”; “es una contribución al PIB”; “Meretrices piden derecho al trabajo sexual” ...*

Frente a la profusión de argumentos contradictorios y a la pasión de los debates, cualquier palabra sobre la prostitución<sup>1</sup> parece transformarse en un verdadero campo minado. Por ello, cuando empecé mi investigación a mediados de los años 2000, sentía que antes de pensar en escribir sobre el tema tenía que definirme a favor o en contra de la prostitución. Sin embargo, advertí rápidamente que los términos muy polarizados del debate público: víctimas vs. agentes; libertad vs. coacción; emancipación vs. dominación; consentimiento individual vs. protección de la dignidad colectiva, etc., se apartaban de mi meta de analizar el funcionamiento de los lenocinios legales en Bolivia desde sus principales protagonistas, en particular las mujeres que venden servicios sexuales y sus clientes. Partir de las categorías dicotómicas que dominaban el debate, era definitivamente contrario al método inductivo que guía al método etnográfico. ¡No hay que poner el carro delante del caballo!

Entonces, lo primero que tenía que hacer era observar y debatir con sus protagonistas en qué consiste la prostitución, cómo se organiza y cuál es su experiencia de ella, en vez de sesgar el trabajo de campo privilegiando - por ejemplo - los argumentos que la identifican como una manifestación extrema de la dominación masculina, acallando las palabras de aquellas mujeres que la viven de otro modo, o sea, finalmente, cosificando a mis interlocutoras bajo el pretexto de que no son

1 La ley boliviana no reconoce el “trabajo sexual”. Por ello, prefiero seguir usando los términos “prostitución/prostituta” porque parecen reflejar mejor la posición social actual (con su carga de discriminación) de las personas que venden servicios sexuales y reservo el término de “trabajo y trabajador/a sexual” para referirme a la reivindicación política del “trabajo sexual”.

representativas, o de que están tan alienadas que ni se dan cuenta. Hoy, la complejidad de lo que pude observar me terminó de convencer de que el verdadero debate no es a favor o en contra de la prostitución. El desafío consiste en entender cómo se puede mejorar la posición de las personas que la ejercen. Luego de varios años de trabajo de campo, mi opinión es que el reconocimiento legal de estas personas les ofrecería más protección que los actuales silencios de la Ley sobre su estatus<sup>2</sup>, sin desproteger a las víctimas de coacción.

Mi investigación sobre la prostitución planteaba sus preguntas desde la antropología del trabajo. Quería realizarla con la misma perspectiva con la que había investigado antes a los mineros y a las comerciantes de Potosí: indagando las relaciones sociales, las prácticas, los discursos y las subjetividades en acción, sin dejarme guiar por cuestiones morales. Es interesante notar que la disciplina que más ha investigado el mundo laboral, la sociología, no se animó, sino hasta hace poco, a estudiar la prostitución con las herramientas de la sociología del trabajo. Los sociólogos (también los psicólogos) solían interesarse por ella desde una mirada moral, identificándola como “problema social”, movilizandolos campos teóricos de la desviación de las normas sociales, de la violencia en contra de las mujeres y, más recientemente, de la epidemiología.

La prostitución es, sin duda, uno de los temas en donde los prejuicios tienen mayor influencia en el enfoque de las investigaciones. Sin embargo, al tomar como punto de partida los discursos de sus sujetos, al tomar en serio todos sus argumentos y no únicamente los que confirman nuestra manera de pensar, la antropología permite una mirada más abierta y menos propensa a “encerrar” lo que

---

2 A pesar de que la Ley boliviana prohíbe el proxenetismo y la tenencia de lenocinios, en los hechos, los lenocinios son regidos por reglamentos municipales heredados del siglo pasado. A diferencia de la legislación de ciertos países como Alemania y Holanda, donde las personas que trabajan en estos establecimientos son reconocidas como «trabajadores y trabajadoras sexuales», estos reglamentos no otorgan ni estatus, ni derechos a las personas que ejercen la prostitución.

se observa en categorías preexistentes. Esta perspectiva me llevó a abandonar la pregunta de saber si la prostitución es o no es un trabajo como los demás, para analizar qué concepciones contradictorias del trabajo (imbricadas con representaciones de la sexualidad y del género) movilizan los debates entre aquellas y aquellos que piden el reconocimiento del trabajo sexual y quienes se oponen a ello.

En mis análisis, la dominación, y en particular la dominación masculina, ocupan un lugar central. Pero antes que plantearla como un escándalo (lo que es, por supuesto), esta se transforma en una serie de preguntas: ¿Cuáles son las relaciones de poder que atraviesan la experiencia de la prostitución? ¿Cómo estas relaciones de poder traducen el funcionamiento estructural de la sociedad (por ejemplo, la subalternización laboral de las mujeres y las responsabilidades familiares que recaen en ellas; la creencia de que la sexualidad femenina es una deuda hacia los hombres o que es un deber del Estado regular los cuerpos)? Pero, también ¿Cómo estas relaciones de poder se manifiestan concretamente en las interacciones individuales de las prostitutas con sus clientes; administradores y administradoras; personal médico; policía, etc.? Los dos niveles (estructural e interpersonal) están entremezclados pero no confundidos: la dominación masculina estructural hace que un cliente se pueda sentir autorizado a maltratar a una prostituta, pero la relación cliente/prostituta no se limita a esto. También me pregunté ¿desde qué márgenes de maniobra, estrategias de sumisión o de resistencia, las prostitutas encaran los mecanismos de poder y de dominación? No se trataba entonces de tomar la “dominación masculina” tal como si fuera una fuerza desencarnada que avasalla siempre, y de la misma manera, a todas las prostitutas, sino analizar sus manifestaciones concretas, diversas y ambivalentes, que involucran el actuar de las propias mujeres en función de sus posiciones y condiciones de ejercicio.

En efecto, la prostitución tampoco es un fenómeno monolítico. No existe “la Prostitución” en singular, sino modalidades

diversas que otorgan sentidos igualmente diversos al hecho de vender, regularmente, prestaciones sexuales. El grado de coacción (la posibilidad de elegir o no los clientes y las prácticas, el acceso a los réditos, la libertad de dejar la actividad, la intervención de los agentes del Estado, etc.) fue también un tema central de análisis. De hecho, las mujeres con quienes hablé se referían permanentemente a sus condiciones de trabajo y a su estigmatización social cuando evocaban los puntos negativos de su actividad. El contexto legal también tiene su importancia. Los actuales lenocinios legales someten a las mujeres a la presión de administradores y administradoras, y a los abusos de los agentes del Estado, pero ofrecen a la vez, cierta protección contra la violencia de los clientes limitando las formas más coercitivas de trata y el empleo de menores de edad. Además, desde la supresión del registro policial en el año 2000 y del enclaustramiento de las mujeres, ellas pueden elegir y dejar libremente su local o la actividad misma. Eso tiende a frenar los maltratos de los administradores y administradoras so pena de ver su mano de obra irse a otro lado. Por lo registrado en Sucre y Potosí, las mujeres tienen cierto margen de maniobra sobre la elección de sus clientes y las prestaciones sexuales; y las que no viven en el lenocinio, deciden sus días y horarios de trabajo. En estos establecimientos populares, la clientela y las prostitutas pertenecen a las mismas categorías sociales, lo cual limita también la dominación socio-económica (o de clase) de los clientes hacia las mujeres.

Por todo ello, varias de mis observaciones no son representativas de otros contextos tales como la calle, los locales clandestinos, la prostitución por teléfono o internet, o los lenocinios de otras ciudades como Santa Cruz o La Paz. Sin embargo, esto no constituye un límite para un análisis: permite sacar a la luz, en un contexto particular y por comparación con otros, el impacto de las condiciones de ejercicio en la experiencia de la prostitución.

Este no es el lugar para explayarme sobre los resultados de mi investigación. Me limitaré a evocar el desfase entre mis primeras impresiones y lo que esperaba encontrar antes de empezar el trabajo de campo. Tardé varias semanas antes de poder sentarme en un lenocinio y observar. En Potosí, conocí a mis primeras interlocutoras en la sala de espera del centro de salud donde las mujeres pasan sus exámenes médicos, en la quinta donde suelen ir a comer y bailar los domingos, sentándome en el lugar de sus rituales en el cementerio y en la calle de los lenocinios. Luego de conocer mi propósito, algunas mujeres me invitaron a acompañarlas y, poco a poco, a medida que iba conociendo a más personas del “ambiente”, me sentí autorizada a entrar y quedarme en casi cualquier local. Extrañamente, ningún administrador ni administradora se molestó por mi presencia, o al menos no me lo hicieron saber. Finalmente, un lenocinio es un lugar público y muchas personas ajenas (trabajadores sociales, periodistas, estudiantes, personal médico, etc.) entran allí. Ver que no publicaba artículos de prensa, ni me entrometía en asuntos internos, pareció confirmar mi inocuidad. Visité regularmente los lenocinios de Potosí y Sucre durante cinco años entre 2005 y 2016.

Al principio, lo que más me sorprendió fue la poca diligencia de las mujeres hacia los clientes que se aglutinaban a la entrada de los locales. Lo que veía no tenía nada que ver con la imagen de la prostituta “ofrecida” y “dispuesta a todo”, que yo imaginaba. Más bien, las mujeres podían tornarse muy agresivas con los hombres. Comentaban a todo volumen las negociaciones: “¿Rebaja? ¿Qué crees? ¡Aquí no es el mercado!”, “Con semejante pájaro que tienes, ni en la iglesia harían milagros”; simulaban, riendo, el acto sexual con los más tímidos, y no dudaban en insultar abundantemente a cualquiera que pareciera faltarles el respeto. Rebajar la virilidad de los clientes, tornando en contra de ellos el arma masculina de las bromas obscenas, jugando con su frustración para despojarlos de todo su dinero, incluso mediante el robo, dando lo menos posible a cambio y anulando la idea de tarifa;

todas estas estrategias corresponden a lo que las mujeres llaman literalmente “dominar a los hombres”. Apuntan a neutralizar las pretensiones triunfalistas de la sexualidad y del dinero de los clientes; o sea, dicho de otra manera, a castrarlos simbólicamente. Gracias a eso, las mujeres toman las riendas de la relación prostitucional y transforman la venta de servicios sexuales en un favor frágil.

Por supuesto, estas estrategias se despliegan en el marco de una dominación masculina estructural. Sin embargo, sería erróneo despreciar la “dominación” que las mujeres reivindican sobre sus clientes bajo el pretexto de que ésta no subvierte la dominación de la cual son víctimas a otra escala, o descartarla como si fuera una mera fantasía que solo permite volver a la prostitución más soportable. Sin obviar las violencias que atraviesan y motivan la entrada en la prostitución y su ejercicio, puede constatar cómo “dominar” a los hombres, aunque sea por un momento, aunque sea dentro de un lenocinio, tiene un efecto real en la toma de conciencia de las mujeres, de carácter contingente y por ende reversible, de la dominación masculina.

La experiencia de “dominar a los clientes” dentro de un establecimiento de prostitución favorece que las mujeres asuman de que también es posible imponer sus decisiones y hacerse respetar por los hombres, afuera. Fortalece igualmente la lucha política de las asociaciones de prostitutas y sus negociaciones con los agentes (mayormente masculinos) del Estado. *“Antes, cuando era ama de casa era muy sometida al hombre, ahora [desde que trabajo en la prostitución] me gusta dominar, ya no agacho la cabeza”,* comentaba Marta, una mujer paceña de unos 40 años que militó durante años. Así, la oposición entre víctima y actora social, tal como se despliega en los debates sobre la prostitución, resulta poco operativa para pensar la manera en la cual entran en tensión estas dos posiciones que las mujeres ocupan, a veces por turno, otras simultáneamente, aunque jamás como víctimas sin estrategia.

Pascale Absi

## UNA BREVE HISTORIA DE LA ETNOGRAFÍA

Hacia mediados y fines del siglo XIX se consolidaron y diferenciaron las hoy llamadas ciencias sociales, tales como la economía, la sociología, la antropología, la geografía, y otras. El constituirse como ciencias, implicaba que cada una de esas disciplinas definiera su objeto y método de estudio específicos. Estas elecciones reflejan, a su vez, las preocupaciones del lugar y del momento histórico en el que nació cada una. En el caso de la antropología, el hecho colonial explica por qué ésta se desarrolló paralelamente a la sociología, a pesar de que ambas compartían el interés por la vida del hombre en sociedad.

Recordemos que durante las últimas décadas del siglo XIX, tuvo lugar una enorme ola de expansión colonial europea. A principios del siglo XX, los Estados de Europa occidental (Gran Bretaña y Francia principalmente, pero también Holanda, Bélgica, Italia y Alemania), gobernaban casi la totalidad de los países africanos y gran parte de Asia. Al mismo tiempo, los Estados Unidos - al igual que las jóvenes repúblicas sudamericanas - intentaban aplacar las últimas rebeliones indígenas en su territorio. Los procesos de expansión colonial y la consolidación de los Estados-nación en sus propios territorios, enfrentaron dos desafíos que condicionarían el nacimiento de la antropología. El primero, tuvo que ver con la legitimación de la colonización y la gestión ideológica de la diversidad cultural entre los Estados coloniales y las poblaciones sometidas. El segundo, se relacionaba con la necesidad de conocer mejor, empíricamente, las sociedades y los territorios incorporados a los imperios coloniales para administrarlos y explotarlos eficientemente.

Estos desafíos no eran totalmente inéditos para los europeos. Problemas parecidos habían surgido de la conquista de América cuando se trataba de organizar la explotación de los recursos y de la mano de obra indígena, pero también de decidir si los "indios" americanos poseían el mismo grado de humanidad que los europeos y si, por ende, eran o no súbditos con los mismos derechos y deberes. El contexto del siglo XIX ya no era el mismo, las élites políticas e intelectuales de Europa y de las Américas se encontraban inmersas en la ideología de la hoy denominada "modernidad", que conllevó el surgimiento de la ciencia; o sea, el proyecto de un conocimiento positivo y eficiente, desligado de la

religión, sistemático y general sobre el mundo. En este lapso de tiempo, también el hombre se había convertido en objeto de la ciencia, al igual que los animales, las plantas y los fenómenos físicos.

En este contexto de finales del Siglo XIX, nace la teoría del evolucionismo social, que permitía justificar la sumisión de las poblaciones sometidas a los Estados-nación (indígenas en América o campesinos en Europa), en nombre del progreso y de la necesaria marcha hacia la civilización. A través de la información escrita, proporcionada por viajeros, misioneros y funcionarios coloniales, el evolucionismo se enfocó en comparar y ordenar las diferentes sociedades como más o menos primitivas o adelantadas. Eso significaba jerarquizar las culturas en términos de "superiores" o "inferiores", según su grado de proximidad con lo que se consideraba "la civilización", o sea el proyecto modernizador y capitalista de las élites nacionales. En este sentido, la teoría de la evolución social institucionalizó un etnocentrismo que permitió legitimar científicamente la colonización, al atribuir a los grupos sociales que se veían a sí mismos como más adelantados, un rol civilizatorio sobre las demás poblaciones que compensaría las exacciones coloniales y la sumisión al Estado-nación.

Poco después, este falso supuesto acerca de la existencia de culturas superiores a otras, abrió la puerta a otra teoría igualmente falsa, y de consecuencias nefastas: el racismo. Antes de ser una creencia popular, el racismo surgió como un intento de explicar las diferencias socio-culturales como si fueran el resultado de variaciones biológicas de un continente y de un grupo social a otro. Hoy, la antropología ha abandonado el proyecto de clasificar y jerarquizar las sociedades en base a parámetros civilizatorios. Por su parte, la genética terminó de arrasar con la idea de que existieran razas dentro de la especie humana y que las diferencias socio-culturales tengan algo que ver con la biología. Sin embargo, al tratarse del primer intento de establecer un discurso sistemático y general sobre la diversidad cultural, se suele hacer coincidir la teoría del evolucionismo social con el nacimiento de la antropología.

### Recuadro 3. Ignorantes vs. Civilizados

#### Las huellas tenaces del evolucionismo social

El evolucionismo social surge de la aplicación de la teoría de la evolución de las especies de Charles Darwin, a las sociedades. Postula, que todas las sociedades comparten una misma historia evolutiva-cultural que las conduce desde formas simples de organización social (la familia consanguínea), hasta formas complejas (el Estado). Explica las diferencias entre culturas por su grado de proximidad al estadio superior del “progreso” concebido como único. Las sociedades sin Estado, sin religión monoteísta, sin mercado, o sin escritura, fueron entonces pensadas como primitivas, estancadas en la infancia de la civilización, mientras que las sociedades occidentales representaban la manifestación más adelantada de la evolución.

En Bolivia, la teoría de la evolución social impregnó de forma perdurable las relaciones entre las élites urbanas y los grupos sociales indígenas y campesinos. Ideas como “Los campesinos son ignorantes o menos civilizados” (porque no hablan el castellano de los letrados, no manejan su dinero según los patrones de las instituciones financieras, o porque sus creencias son interpretadas como supersticiones), son heredadas de la lógica evolucionista que concibe una forma única de civilización. Dirigirse en términos de “hijo” o “hija” hacia una persona mayor debido al hecho de que pertenezca a una clase social inferior, o usar el diminutivo “hombrecito” (o “*runita*”) para designar a un campesino, nacen igualmente de esta concepción según la cual algunos grupos sociales son como niños que no alcanzaron todavía la “civilización”.

La creencia de que la cultura de los colonizadores y de las élites nacionales era superior, más civilizada y racional que la de las poblaciones que sometían, fue cuestionada desde el principio del siglo XX, en muchos casos por científicos encargados de investigar empíricamente a estas

poblaciones. Poco se sabía de ellas. Gran parte no registraban por escrito su historia y su organización y, al no contar con investigaciones previas, no quedaba otra alternativa que interrogar a sus miembros y observar sus prácticas conviviendo con ellos y ellas, o sea, hacer “trabajo de campo”. De esta manera, europeos de los imperios coloniales, formados principalmente en universidades británicas, francesas y holandesas, así como académicos norteamericanos, se convirtieron en los primeros etnógrafos y etnógrafas, reemplazando a los anteriores antropólogos (mayormente masculinos) de gabinete del evolucionismo social. Entre ellos, se encuentra el polaco Bronislaw Malinowski (1884-1942), cuyas reflexiones surgidas de su larga estadía entre los habitantes de las Islas de Melanesia entre 1915 y 1918, son consideradas fundadoras de los principios que guían la antropología de campo: **la etnografía**.

*El antropólogo debe abandonar su confortable posición en una hamaca, en el porche de la misión, del puesto gubernamental o del ‘bungalow’ de la plantación dónde, armado de un lápiz, de un cuaderno y, a veces, de whisky y soda, se ha habituado a compilar las afirmaciones de informadores, a anotar historias y a llenar hojas enteras de textos salvajes. Debe ir a las aldeas, ver a los indígenas trabajando en los huertos, sobre la playa, en la selva; debe navegar con ellos hacia los lejanos bancos de arena y las tribus extrañas, observarles en la pesca, en la caza y en las expediciones ceremoniales, en el mar. La información debe llegarle en toda su plenitud a través de sus propias observaciones sobre la vida indígena, en lugar de venir de informaciones reticentes, obtenidas con cuentagotas en conversaciones...*

Bronislaw Malinowski, (1926)<sup>3</sup>

---

3 MALINOWSKI, Bronislaw, 1994 (1926). “El mito en la psicología primitiva”. En: *Magia ciencia y religión*. Planeta-Agostini, Barcelona.

Mientras la etnografía, como método de la antropología, surgía de la necesidad de convivir con poblaciones de las cuales se sabía poco o nada, la sociología se conformó como la ciencia que estudiaría las expresiones más modernas, urbanas y capitalistas de las sociedades (dejando el estudio de las sociedades rurales europeas a los folkloristas) con métodos más bien cuantitativos, recurriendo a datos preexistentes (tales como las estadísticas y los registros producidos por los Estados). Hoy, sin embargo, esta partición entre la etnografía/antropología y la sociología se ha desvanecido en gran medida. En la actualidad, la antropología se enfoca en colectivos sociales que ya no siempre están definidos en función a una pertenencia étnica o una identidad cultural distinta de la de los etnógrafos o las etnógrafas; de hecho, las "etnias" que han sido su objeto tradicional de estudio (en Bolivia, los grupos sociales indígenas), producen ahora sus propios investigadores e investigadoras.

Hoy, cualquier grupo de personas caracterizadas por una identificación, una posición social, o una práctica compartida (trabajadoras de una empresa, alumnos y alumnas de una escuela, una junta vecinal, una organización de militantes o religiosa, etc.) puede ser objeto de un estudio antropológico. A su vez, la sociología ha incursionado en terrenos "exóticos" otrora reservados a la antropología. En la actualidad, sociología y antropología mezclan frecuentemente las herramientas de ambas disciplinas. Más que sus universos de estudio, lo que les sigue distinguiendo es el mayor peso del método que cada una heredó de su propia historia; en el caso de la antropología, su enfoque inductivo y cualitativo en base a las entrevistas personalizadas y la observación, y por ende, la convivencia con los sujetos de su estudio.

#### Recuadro 4. ¿Hablar de culturas o sociedades?

A menudo se otorga a la antropología el rol de disciplina especialista de las culturas. En este manual, sin embargo, se ha elegido hablar más frecuentemente de sociedades o grupos sociales, que de culturas. Explicamos el porqué de esta elección.

**¿Qué es la cultura?** Según la definición clásica del antropólogo británico Edward B. Tylor (1832-1917), redactada en 1871, la cultura es *“un conjunto complejo, incluyendo los saberes, las creencias, el arte, los usos, el derecho, las costumbres, así como toda disposición o uso adquirido por el hombre en sociedad”*.<sup>4</sup>

Bajo una óptica reduccionista, esta definición puede dar a pensar que la cultura se adquiere de una vez por todas y que se reproduce idénticamente a través del tiempo. Por ejemplo, ocurre cuando se piensa en las culturas indígenas como un conjunto de saberes y prácticas que hubieran atravesado el tiempo sin modificaciones mayores desde antes de la colonia y, por ende, se las considera más «auténticas» que la cultura criolla o mestiza. Sin embargo, ninguna cultura, ni siquiera la más aislada, es inmóvil, ni está exenta de procesos de cambio social. Para enfatizar esta consideración, preferimos hablar, aquí, de grupos sociales en vez de culturas.

## LAS ENSEÑANZAS DEL RELATIVISMO CULTURAL

El surgimiento del método etnográfico provocó un profundo cambio de enfoque en la antropología en contraposición al evolucionismo social. El método etnográfico no solo pretendía que los datos válidos fueran obtenidos de primera mano, sino que, en vez de evaluar las sociedades

---

4 TAYLOR, Edward. 1976 (1871). *La Cultura primitiva. Los orígenes de la cultura*. Ayuso, Madrid.

en función a un modelo único de civilización, buscaba entenderlas “desde adentro”, desde sus propios términos, su coherencia y lógica interna. Esta postura desembocó en la teorización del **relativismo cultural**.

El relativismo cultural se opone al **etnocentrismo**, es decir a la tendencia de todas las personas y sociedades humanas de pensar su universo cultural como más acertado, y por ende de juzgar a los demás a través de sus propios valores. Sin embargo, para la antropología, ninguna organización social o política, ningún sistema religioso ni ninguna cultura es en sí más lógica o más verdadera que otra, incluyendo la de quien investiga. Por más extraños o condenables que puedan parecer, todos los fenómenos sociales tienen que ser analizados dentro del sistema cultural a los cuales pertenecen y es esta lógica la que nos toca descubrir.

Esta postura implica poner en práctica lo que se ha dado en llamar “distanciamiento metodológico”; es decir, el salir - aunque sea provisoriamente - de sus propias evidencias y prejuicios (lo que es bueno o malo según mis preconceptos), para considerar los diferentes sistemas de pensamiento y de organización como construcciones culturales que cobran sentido dentro de su contexto histórico y social particular. De hecho, siempre debe existir la posibilidad de que nuestras interlocutoras e interlocutores desestabilicen nuestras propias creencias. Eso significa cosas tan diversas como: tomar en serio la concepción de ciertas sociedades andinas que atribuyen al arco iris, la capacidad de embarazar a las mujeres o de producir graves enfermedades; admitir la palabra de las prostitutas que dicen que vender servicios sexuales no necesariamente es una experiencia traumática (ver Recuadro 2); o reconocer que, dentro de ciertas configuraciones sociales, gastar mucho dinero en una fiesta y endeudarse, puede ser más racional y provechoso que ahorrar (ya que gracias que esta inversión se consolidan redes sociales en que apoyarse para obtener un empleo, ganar un mercado, o gozar de ayudas y servicios de todo índole).

El relativismo cultural y el distanciamiento metodológico no implican el abandono de una postura crítica o militante, sino separar los niveles del análisis propiamente dicho de la crítica ideológica y de la acción política. Querer “cambiar las cosas” o autorizarse a criticarlas, no es contrario a la objetividad científica, siempre y cuando no se ponga el “carro delante de los caballos”, o sea que nuestras posturas ideológicas no se erijan en dogmas que sesguen la posibilidad de entender la complejidad y las ambivalencias de la realidad social estudiada.

## Recuadro 5. Entender antes que juzgar

### El acceso de las mujeres a la tierra

En determinadas comunidades rurales de los Andes bolivianos, las mujeres heredan menos tierra de cultivo que los hombres, con frecuencia ninguna. Casarse o quedarse a vivir con sus padres, aparecen entonces como principales posibilidades de acceso, para ellas, a la producción agrícola. Esta discriminación hiere nuestra concepción de la necesaria equidad de género y nos induce legítimamente a querer “mejorar” el funcionamiento de las sociedades campesinas. Sin embargo, para investigar, pongamos entre paréntesis, aunque sea provisionalmente, nuestra concepción de lo que está bien o mal. Solo así, podemos entender que este modo desigual de herencia, asociado con la residencia de las mujeres casadas en la comunidad de su esposo donde compartirán y usufructuarán sus tierras (y por ende las que sus propias hermanas no heredaron), permite limitar la parcialización de las tierras y su dispersión. Por otro lado, si bien la tierra tiende a heredarse por línea masculina, con frecuencia, los hatos de animales, tales como cabras o llamas, se heredan por línea femenina.

Nuestros preconceptos culturales no deben permitir que soslayemos la necesidad de este análisis y de las muchas complejidades implicadas en la cuestión de la herencia de la tierra. En todo caso, aun cuando la investigación ligada a este ejemplo, constituyera *a posteriori* el insumo para la formulación de políticas estatales de equidad de género, cualquier proyecto de cambio tiene que partir de esta realidad.

El relativismo cultural es entonces un camino de ida y vuelta: una ida hacia lógicas sociales distintas de las nuestras, y una vuelta reflexiva sobre nuestros propios valores y lógicas culturales. El confrontarnos con otras lógicas, otros puntos de vista, revela cuánto de nuestras evidencias, opiniones, nuestro modo de actuar y de pensar, por legítimos que sean, no son la “verdad universal” sino construcciones históricas y sociales al igual que las de nuestras interlocutoras e interlocutores. De hecho,

incluso cuando seamos o hayamos sido parte del universo de estudio (mi barrio, mi comunidad, mi grupo de colegas, etc.), convertirlo en objeto de conocimiento implica tomar distancia de él; salir de los prejuicios surgidos de la experiencia compartida. Adoptar un acercamiento desde el conocimiento nos sustrae - aunque sea en parte - de la experiencia ordinaria.

## **Recuadro 6. En el cruce de lógicas socio-culturales enfrentadas**

### **El aborto inducido**

Las luchas y los debates que antecedieron y bloquearon el proyecto - aprobado por los senadores en 2017 - de ampliar desde el Código Penal los casos de despenalización del aborto inducido, manifiestan de manera ejemplar la coexistencia conflictiva de "verdades" particulares, que puede tocar a etnógrafos y etnógrafas desentrañar, poniendo entre paréntesis, aunque provisoriamente, su propia opinión.

¿Es o no la reproducción humana una meta sagrada de la vida en sociedad? ¿Cuándo unas células se transforman en una persona distinta de la mujer embarazada? ¿Cuándo la voluntad de la embarazada, así como su seguridad y la del ser que podría nacer, matizan las demás consideraciones? Ninguna de estas preguntas puede ser respondida de manera objetiva, lo único que se puede demostrar con seguridad, es que la despenalización no aumenta el número de abortos pero sí disminuye significativamente la mortalidad y las secuelas sobre las mujeres.<sup>5</sup> Desde las ciencias sociales, se puede también objetivar las prescripciones morales, religiosas y los proyectos de sociedad que movilizan este debate, incluyendo las que orientan la percepción del investigador o investigadora. Además, las ideas no pelean entre sí, detrás de ellas, personas luchan para hacer prevalecer las suyas. La decisión de despenalizar el aborto en ciertas condiciones,

5 Ver, entre otros muchos estudios, FAUNDES, Aníbal, (2015). *Malentendidos sobre el efecto de la legalización del aborto*. Anales de la Facultad de Medicina, 76(4), 425-429, octubre 2015, Lima.

es el resultado de una negociación entre las presiones de agrupaciones a favor de su despenalización total (en base a la voluntad de la embarazada cualquiera sea su situación, aunque respetando en la mayoría de los casos, un límite temporal) y aquellas de grupos religiosos hostiles a cualquier compromiso de esta naturaleza.

Los juegos de poder entre los diferentes grupos sociales para imponer su manera de ver y definir de manera hegemónica lo que es o no es legítimo y potencialmente legal, son de hecho una problemática central del trabajo de campo etnográfico. Aun cuando nos hayamos propuesto estudiar el aborto inducido desde las prácticas y los motivos de las personas involucradas (¿Quiénes toman la decisión? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuáles son las consecuencias?, etc.), no se puede dejar de analizar cómo el escenario legal y las representaciones sociales influyen sobre la experiencia de nuestras interlocutoras e interlocutores. Así mismo, no se pueden eludir las brechas entre lo prescrito y los hechos, o sea, entre la norma legal en sí misma y la forma en la cual las personas y las instituciones interpretan a la Ley y actúan en consecuencia. No basta con que un Estado legalice el aborto para que se implementen dispositivos médicos seguros. De forma análoga, en cuanto a los preceptos sociales, no porque una persona se defina como católica va a adherir automáticamente a la posición de su iglesia respecto al aborto.

He aquí una presentación esquemática de cómo algunos grupos sociales e instituciones han enfrentado la cuestión del aborto.

**La propuesta del nuevo Código del Sistema Penal boliviano,** con miras a limitar los abortos clandestinos, es ampliar su despenalización, añadiendo algunas causales como cuando la embarazada es pobre, estudiante, menor de edad, tiene a su cargo algún familiar o cuando el embrión sufre malformaciones graves. Anteriormente, solo eran considerados los casos de violación y si hubiera algún peligro para la vida de la embarazada. En ambas versiones, la voluntad de la mujer no basta para poder abortar legalmente. Salvo para casos

terapéuticos, la nueva propuesta de ley fija el límite de tiempo para realizar un aborto. El aborto no es delito durante las primeras ocho semanas de embarazo.

**Las legislaciones uruguaya y francesa,** reconocen el derecho incondicional de la mujer de interrumpir en condiciones seguras un embarazo no deseado, en cualquier situación, hasta las doce semanas (fecha hasta la cual existen un gran número de abortos espontáneos) o más, en casos de aborto terapéutico. En Francia, el sistema de salud público toma a su cargo la realización y los costos del aborto. En la legislación británica, el aborto no terapéutico es permitido hasta las veintidós semanas de gravidez.

**El Comité de derechos humanos de las Naciones Unidas y la Organización Mundial de la Salud,** incentivan a los Estados a despenalizar el aborto bajo el parámetro de que los abortos clandestinos someten a las mujeres a peligros para su vida.

**Los sistemas de justicia indígena,** tienen posiciones diversas sobre el aborto inducido. En muchas comunidades andinas, las mujeres que abortan pueden ser castigadas. Más que una culpa moral, se entiende que su gesto trae consecuencias nefastas para la comunidad - tales como granizo o heladas - por dejar a un espíritu no del todo humano, en los limbos. Ciertos ritos particulares (entre ellos el bautismo, que confirma el peso del catolicismo en las percepciones sobre el aborto) permiten neutralizar las consecuencias del aborto.

**La Iglesia católica,** considera el aborto como un pecado grave, ya que la posibilidad de la vida humana desde las gónadas es un principio divino inalterable. Por ello, la condena del aborto acompaña la reprobación del uso de métodos anticonceptivos. El aborto inducido es pasible de excomunión si no es absuelto por un sacerdote.

## ¿CIENCIA ACADÉMICA VS. CIENCIA APLICADA?

En lo que refiere al proceso de producción de conocimiento, ambas, la investigación fundamental y la investigación orientada a la aplicación, requieren los mismos cánones en cuanto al rigor metodológico, el manejo de conceptos teóricos coherentes y el concienzudo esfuerzo de revisar la bibliografía previa. La diferencia fundamental entre ambas radica en que, mientras la investigación fundamental o académica tiene como fin inmediato el conocimiento mismo, la investigación llamada “aplicada” responde a preguntas preestablecidas destinadas a actuar sobre el universo de estudio, ya sea para la formulación de políticas públicas, la implementación de un proyecto de desarrollo o el fortalecimiento de una organización. En estos casos, el tema de investigación se define en función de un interés práctico. Al ser el método de investigación etnográfico en general extenso (temporalmente), la investigación aplicada tiende a inclinarse hacia otros métodos de investigación, tanto cuantitativos (encuestas) como cualitativos (sondeos de opinión, grupos focales y entrevistas puntuales).

Ahora bien, en el caso de la investigación social aplicada, suele ocurrir que la producción de conocimiento y su aplicación sean fases temporales sucesivas y claramente diferenciables: se investiga primero, y luego los resultados de la investigación se transforman en insumos de un proceso ulterior de aplicación del conocimiento a cuestiones prácticas. Sin embargo, esto no es siempre el caso. Por otro lado, la investigación aplicada en ciencias sociales, incluso cuando se apela al método etnográfico, puede también invocar un involucramiento mayor o menor de la población local para producir, analizar y/o dar validez a los datos. Tal es el caso en ciertos proyectos enfocados metodológicamente desde la “investigación participativa”, la “investigación acción participativa (IAP)” o técnicas de producción de conocimiento derivadas de la “educación popular” y la llamada “pedagogía del oprimido”. Las implicancias de estos últimos enfoques, en términos de la naturaleza del conocimiento producido, son complejas; las abordaremos más adelante (ver Recuadro 11).

## 2 ¡VAMOS AL CAMPO!

### ¿QUÉ SIGNIFICA HACER TRABAJO DE CAMPO ETNOGRÁFICO?

Hacer trabajo de campo etnográfico significa la producción de datos empíricos de primera mano, a través de técnicas cualitativas, en el contexto de una “inmersión” en “el campo” (o sea, el universo concreto de investigación). La inmersión, en tanto metáfora, se refiere a la convivencia (idealmente prolongada) de quien investiga con los sujetos de su estudio, compartiendo diferentes situaciones, tanto de la cotidianidad como durante eventos extraordinarios. La aplicación de las técnicas se refiere, entre otros procedimientos, a la observación, a las entrevistas y a las discusiones informales que presentaremos en el próximo capítulo.

En los primeros tiempos de la antropología, era usual dividir el trabajo entre quienes recogían los datos (los etnógrafos) y aquellos que los analizaban (los etnólogos o antropólogos), quienes, dicho sea de paso, casi siempre eran hombres. Actualmente, a nivel académico, se considera que ésta separación entre práctica de campo y teoría es a la vez ilusoria y contraproducente. Es ilusoria, porque en realidad no se puede obtener datos sin buscarlos: nuestros preconceptos ya están presentes en la fase de recolección de la información e influyen sobre lo que veremos y entenderemos. Es contraproducente, porque solo la inmersión prolongada en el universo de investigación permite entender la complejidad social y el impacto de quien investiga sobre la información empírica producida.

Por lo tanto, es imprescindible experimentar personalmente el objeto de estudio desde el campo. Por esta razón, a pesar de que antropólogas y antropólogos pueden recurrir a datos ajenos (por ejemplo mediante la bibliografía o trabajando en equipo), tener una experiencia del campo es indisoluble del proyecto de investigación cualitativa. No se puede delegar totalmente esta etapa a colegas o estudiantes.

## ¿QUÉ ES EL “CAMPO”?

El “campo” o “terreno” es el espacio concreto en el que interactuamos con las mujeres y los hombres que nos interesa interpelar; pero al mismo tiempo, abarca el referente empírico de una investigación: la porción de realidad que queremos estudiar y comprender. Así, “terreno” o “campo” significa, a la vez, el ámbito físico del estudio (¿dónde?), los sujetos del estudio (¿quiénes?) y lo que se quiere saber de ellos y ellas. En el proceso etnográfico, la delimitación del universo concreto de estudio, el objeto de estudio (lo que se quiere investigar) y el marco teórico, no se terminan de definir de antemano, sino que se van revisando en la medida en que se van entendiendo las lógicas de nuestras interlocutoras e interlocutores durante el trabajo de campo mismo, a partir de lo que Guber (2004) denomina “la apertura de la mirada”.<sup>6</sup>

Aun así, y antes de lanzarse “al campo”, es necesario reflexionar sobre la factibilidad de nuestras primeras elecciones: ¿De cuánto tiempo dispondré para hacer el trabajo de campo? ¿Un mes será de verdad suficiente para entender el funcionamiento de la justicia en esta localidad o el calendario ritual anual en esta otra, sabiendo que no voy a poder presenciar el conjunto de las ceremonias? ¿Cómo financiaré los gastos ocasionados? ¿Lograré obtener la adhesión de mis interlocutores e interlocutoras y establecer la necesaria relación de confianza para tratar el tema que me he propuesto investigar?

---

<sup>6</sup> GUBER, Rosana, 2004. *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós, Buenos Aires: Disponible en línea.

## CONSTRUIR EL OBJETO DE ESTUDIO DESDE EL CAMPO

Construir su objeto de estudio, o problema de investigación, consiste en definir lo que se va a estudiar, con qué perspectiva y con qué metodología, en relación a un grupo social particular, en un contexto espacial y temporal concreto. Las monografías exhaustivas en las que los primeros etnólogos se proponían restituir el conjunto del funcionamiento de una sociedad, - desde su relación con el medio ambiente hasta su organización social y su manera de ver el mundo (o cosmovisión) - pasaron de moda. Hoy en día, es más usual abordar un grupo social a través de una problemática restringida, expresada en forma de una serie de temas o preguntas articuladas entre sí, especialmente cuando se torna cada vez más difícil conseguir los fondos necesarios para un trabajo de campo prolongado.

A veces tenemos una idea clara del tema que queremos estudiar, pero no sabemos muy bien cómo plasmar este proyecto desde una realidad concreta. En otros casos, sabemos dónde y con quiénes investigar, pero no nos queda claro sobre qué tema exactamente. Si bien es importante tener en mente una idea general de lo que se propone investigar, la construcción definitiva del objeto está subordinada al trabajo de campo y a los datos recogidos, en la medida de que el grupo y los fenómenos sociales estudiados revelan su complejidad. Incluso, en vez de movilizar categorías teóricas o relaciones de causalidad pre-establecidas, se suele usar el trabajo de campo para revisarlas críticamente (ver Recuadro 7). Por ende, la etnografía no se guía por el método hipotético-deductivo, el cual propone fundamentalmente comprobar, refutar, o reformular hipótesis y se orienta a iniciar la recolección de datos sólo cuando se tiene ya un objeto de estudio y marco teórico definidos.

En Bolivia, el método hipotético-deductivo suele guiar los perfiles de tesis en ciencias sociales. Se pide a las y los estudiantes redactar en forma definitiva sus hipótesis, variables y marco teórico, antes de lanzarse al campo. Como consecuencia, es usual que la descripción y el análisis del trabajo de campo terminen ocupando solo unas pocas páginas al final de la tesis, sin siquiera dialogar con el marco teórico. Esta tradición se debe a la influencia de las ciencias físicas que impusieron sus criterios de cientificidad a las ciencias sociales. Sin embargo, cuando las hipótesis no están bien planteadas, contagian sus insuficiencias a todo el proceso investigativo. Cuando son demasiado cerradas, tampoco permiten que

surjan nuevos datos: la hipótesis de partida y las conclusiones terminan siendo intercambiables. La producción de conocimiento se limita a una repetición de lo ya sabido, y a demostrar que el investigador o la investigadora y sus hipótesis tenían la razón. Entonces, aunque uno parta de una hipótesis sólida, no debe existir un ciego apego a ella. En lugar de forzar los datos para que confirmen nuestras hipótesis y nuestros preconceptos, se debe aceptar que estos serán profundamente remodelados por el trabajo de campo. Más aún, las hipótesis tienen que plantearse de manera que puedan ser refutadas por el trabajo de campo. Lo mismo ocurre con la bibliografía: ésta debe ser actualizada permanentemente durante todo el proceso de investigación.

Dejarse guiar por la realidad del terreno favorece el alejamiento de ideas preconcebidas o de lo que ya ha sido ampliamente demostrado. En caso contrario ¿para qué tomarse la molestia de imponer nuestra presencia a la gente durante el trabajo de campo? Otra razón, muy práctica, que imposibilita el construir de antemano el objeto de estudio de manera demasiado precisa, es que el conocimiento sobre el grupo social elegido depende, en primer lugar, de la relación que logremos construir con sus miembros.

### **Recuadro 7. Entre la academia y la calle**

#### **Construyendo el objeto de estudio en una investigación sobre los movimientos de jubilados en Argentina**

Hacia fines de la década de los 80, yo había elaborado el proyecto de mi tesis de licenciatura sobre un tema que se enmarcaba en el flamante campo de la antropología jurídica. Este campo se proponía estudiar el sistema jurídico occidental bajo una mirada antropológica: ¿Cómo se construían los casos judiciales “los hechos”? ¿Cómo se burocratizaban y resolvían? ¿Cómo se criminalizaban o no ciertas conductas? ¿Qué tenían que ver las lógicas que orientaban la justicia estatal con las de sus usuarios? En ese momento, yo había decidido abordar la acumulación de demandas jurídicas contra el Estado por

parte de los “jubilados”<sup>7</sup> del sistema laboral argentino, gente que promediaba una edad de 70 años.

El sistema judicial estaba colapsado por la cantidad de demandas de jubilados que no percibían de renta lo que la ley marcaba, y a pesar de que la “razón jurídica” avalaba a los demandantes, ni el sistema jurídico, ni el Poder Ejecutivo, respondían positivamente. Las nociones de justicia implicadas, los mecanismos de construcción de los casos y el monopolio del poder de la justicia por parte del Estado (que posibilitaban que el sistema no ejerciera sus propias reglas), me parecieron hechos sumamente sugerentes para desarrollar el tema de investigación de mi tesis.

Poco después del inicio de mi investigación, un grupo de jubilados, entre quienes se encontraban muchos de los que habían iniciado esas demandas judiciales, se habían organizado como movimiento social. En el contexto de las reformas neo-liberales de la década de los 90, los niveles de desempleo se habían disparado en Argentina y el país cayó en un proceso acelerado de desindustrialización y privatización de las empresas estatales. Aun así, no había una reacción masiva, ni siquiera incipiente, del movimiento obrero organizado, pero sí surgía un “movimiento de jubilados”. Al principio eran algunas decenas de personas, que en poco tiempo se convirtieron en miles; comenzaron por “tomar” una plaza de Buenos Aires en donde están los tribunales nacionales que rechazaban las causas apeladas por los jubilados. Posteriormente, se trasladaron a la Plaza de Mayo, frente a la casa de gobierno, en donde comenzó a constituirse un movimiento masivo y organizado. Este giro de la demanda individual de justicia desde los tribunales hacia la movilización colectiva en las calles, cambió mi foco de atención de lo jurídico al movimiento social.

En la Universidad, ciertas teorías estaban más de moda que otras, y ciertos discursos eran más legítimos que otros para

---

7 Nótese que en la descripción de este caso, uso sólo el género gramatical masculino. Lo he escrito deliberadamente así, intentando reflejar, por un lado, la categorías con la cuales se trataba a nivel social el tema y, a su vez, el hecho de que mi propia mirada adolecía, por entonces, de un enfoque concienzudo de género.

elaborar una tesis. Desde mediados de los años 80, habían surgido una serie de textos académicos que afirmaban la emergencia de los llamados “nuevos movimientos sociales” en América Latina. Estos “nuevos movimientos sociales”, por oposición a los que se podría denominar movimientos “clásicos”, no reivindicaban desde su condición de clase social, sino en base a otras identidades, tales como movimientos de mujeres, indígenas, colectivos LGBT, movimientos pidiendo agua o para lograr colmar alguna necesidad a nivel local. Había cierta contemporaneidad entre el surgimiento de estas perspectivas sobre los movimientos sociales y la emergencia de las teorías del posmodernismo en América Latina. El postmodernismo planteaba que, estos nuevos movimientos sociales, encarnaban el desafío que la realidad imponía a las teorías totalizadoras que habían dejado de lado lo imprevisible y lo particular. El posmodernismo estaba en boga, el marxismo alicaído, y la teorización sobre movimientos sociales estaba dominada por autores políticamente ligados a la social democracia e influidos por la escuela de Frankfurt. Además de mi propia desazón por la desmovilización política de la clase trabajadora, seguir esta moda y tomar a los jubilados argentinos como un caso ejemplar de los nuevos movimientos sociales, parecía el camino más alentador. No obstante, nuevas lecturas, y sobre todo un largo trabajo de campo, me llevaron lentamente en otra dirección.

Comencé a asistir, semana tras semana, a las marchas de los jubilados, a hacer entrevistas, a ir a los centros comunitarios de jubilados y a recopilar la información que salía sobre ellos en los medios de comunicación. En este proceso, múltiples hechos me llevaron a cambiar mi enfoque y a redefinir mi objeto de estudio. Lo que yo comencé conceptualizando como un “nuevo movimiento social”, se estaba redefiniendo como un “movimiento obrero clásico”. Este proceso implicaba cuestionar las interpretaciones académicas hegemónicas, salir de lo evidente. Los medios de comunicación presentaban al “movimiento de jubilados” como “abuelitos”, privilegiando las imágenes de sufrimiento y fragilidad. La injusticia, en el mejor de los casos, era denunciada como una falta de reciprocidad de la sociedad hacia ellos. En el peor de los casos, los medios interpretaban sus reclamos como la

manifestación de su supuesta senilidad, apareciendo como delirantes, molestos y sobrantes. Por otra parte, el discurso de los jubilados sobre sí mismos, confrontaba el discurso social sobre ellos: *"No somos viejos, ni débiles, sino trabajadores jubilados"*, *"Nosotros construimos este país, estamos pidiendo lo que nos corresponde"*. De hecho, saqué gran cantidad de fotografías de los jubilados enfrentándose físicamente a la policía, que refutaban con su propio cuerpo la "debilidad" que el discurso dominante les estaba adjudicando. En sus demandas oficiales y sus comunicados de prensa, también era claro que reclamaban desde su posicionamiento identitario como trabajadores. Los líderes de los distintos grupos que conocí, me abrieron la mirada hacia una larga trayectoria de organización y de activismo. Se trataba de la generación que había organizado los sindicatos en su juventud y que habían promovido los derechos de los trabajadores en el país, siendo ellos, por entonces, trabajadores activos. Estas características contradecían las que diferentes analistas atribuían a los "nuevos movimientos sociales".

Alguna literatura alternativa me ayudó a confirmar que había otra manera de interpretar el movimiento de los jubilados argentinos. Un artículo en particular me vino a la cabeza mientras realizaba el trabajo de campo, un texto de Gruner<sup>8</sup>, marxista, que planteaba que la reorganización del capitalismo y su nuevo modelo de acumulación, conlleva una fragmentación objetiva de los trabajadores y de sus protestas. Tanto el discurso de los medios de comunicación, como el de los analistas políticos y académicos, al transformar a estos trabajadores jubilados en simplemente "viejos", parecían confirmar el carácter obsoleto de la lucha de clases (la muerte de las ideologías). Aunque estos obreros jubilados se estaban manifestando bajo un típico modelo de movilización clasista (tanto objetiva como subjetivamente), la mirada social externa se hacía eco a la ideología dominante.

---

8 GRUNER, Eduardo, 1990. "Entre el dolor y la nada. Apuntes sobre la ideología neoconservadora y la crisis del Estado". En: *Doxa, Cuadernos de Ciencias Sociales*, N°1. Buenos Aires.

Mientras me libraba de los presupuestos de la sociología de moda sobre los nuevos movimientos sociales, involucrarme con estos hombres y mujeres a mis veintitrés años, cambió también, de manera radical, mi forma de ver a la tercera edad, a los “viejos”: un mundo inmenso de aspiraciones, de pasados militantes, de presentes y de proyectos de futuro, de placeres e historias de amor, apareció ante mis ojos.

Así, me hice consciente de que, hasta entonces, yo compartía con la sociedad dominante la concepción - funcional al poder - del viejo como “pasivo” (palabra usada con gran frecuencia para referirse a los jubilados en esa coyuntura). Esta fue la manera mediante la cual, durante el proceso del trabajo de campo etnográfico, fui re-definiendo mi objeto de estudio: habiéndolo definido inicialmente como un movimiento social de base identitaria etaria (un “nuevo movimiento social”) terminaría caracterizándolo como una expresión actual de las luchas de los trabajadores con una base identitaria clasista.

Claudia Hernández Soriano

## ¿CON QUIÉNES Y EN QUÉ CONTEXTOS INVESTIGAR?

Una vez que se eligió dónde se va a investigar y sobre qué tema tentativo, se debe decidir, por lo menos provisoriamente, cómo plasmar concretamente nuestro objetivo en el campo: con quiénes se investigará, dónde y cómo, para producir la información deseada.

---

9 Transcripción literal. SPEDDING, Alison, 2006. “Metodologías cualitativas: ingreso al trabajo de campo y de recolección de datos”. En: M. Yapu (ed.) *Pautas metodológicas para investigaciones cualitativas y cuantitativas en ciencias sociales y humanas*, pp. 119-196, U-PIEB, La Paz.

### Recuadro 8. Preguntas para definir el universo de investigación<sup>9</sup>

- ¿A quiénes se va estudiar? Definirlos/as según su edad, sexo, ocupación, afiliación religiosa, militancia política, nivel educativo, lugar de residencia o destino migratorio... según el caso.
- ¿Dónde se los/as va a estudiar? En primer lugar, claro, establecer el sitio donde se encuentran ellos/as, y luego si se les ha de seguir donde sea que vayan, o si se va a enfocar de manera principal o exclusiva en lo que hacen en el lugar de trabajo, en el culto religioso, en sus casas, cuando salen a divertirse, en el aula del colegio...
- Y ¿haciendo qué? Aquí se hace referencia a las actividades de los/as estudiado/as que serán tomados/as en cuenta. No basta con decir, digamos, que se va a estudiar a los feligreses de X congregación con su templo en el barrio, sino identificar cuáles de sus actividades van a ser incluidas en la investigación. ¿Sólo las sesiones de culto, la escuela dominical y otras actividades organizadas directamente por su iglesia? o también lo que hacen en sus empleos, lo que sus hijos hacen en la escuela o cuando votan en las elecciones.

Alison Spedding (2006:36)

Las respuestas a estas preguntas pueden cambiar sobre la marcha en función de las oportunidades y de las reorientaciones del objeto de estudio, pero siempre tenemos que preguntarnos claramente: ¿En qué estas elecciones aportan a mi tema de estudio? ¿Tengo las condiciones para poder lograr estas metas?

### **El método etnográfico toma como universo de estudio a segmentos poblacionales reducidos**

Usar las herramientas de la etnografía supone elegir un segmento social que tenga cierta coherencia: es decir, cuyos integrantes comparten prácticas o actividades, identificaciones, objetivos y/o posiciones sociales

comunes. Así, no se puede investigar cualitativamente a “las mujeres bolivianas”, ni siquiera “las mujeres de Sucre”, sin especificar otros parámetros tales como: ¿De qué barrio? ¿De qué clase social, generación, o categoría profesional? ¿En base a qué práctica o experiencia común? Este universo, reducido y coherente, permite observar prácticas y relaciones sociales concretas, así como contextualizar las palabras de quienes se constituyen en interlocutores e interlocutoras de la investigación.

A veces, el grupo social elegido se caracteriza por su uso de un espacio común - el alumnado de un colegio, los habitantes de un barrio o las trabajadoras de una empresa - en donde se podrá llevar a cabo gran parte de las observaciones. Sin embargo, siempre será importante investigar a sus interlocutoras e interlocutores en diversos contextos; por ejemplo, observando lo que pasa en los espacios de esparcimientos del alumnado fuera del colegio. Otras veces, definimos nuestros sujetos de estudio por alguna característica en común que no implique que compartan el mismo espacio físico. Se intentará, sin embargo, privilegiar la posibilidad de poder observar interacciones sociales. Así, para analizar los cuidados materno-infantiles, se puede empezar por visitar un club de madres en donde observaremos la manera en la cual circulan la información y los consejos. Allí, podremos además identificar mujeres interesadas en entrevistarse a solas en otro momento, e idealmente recibírnos en su hogar, donde se podrán observar las rutinas y la participación de otros miembros de la casa. Finalmente, el punto de partida puede ser un espacio determinado (y ya no un segmento poblacional), como las oficinas de un servicio público, un santuario o una feria. En efecto, no es posible estudiar a compradores y compradoras de una feria como la de Belén (municipio de Puna), porque éstos cambian cada fin de semana. Sin embargo, la feria permanece relativamente estable, al igual que sus reglas de intercambio, su radio de influencia o sus ritmos semanales y anuales. En este caso, podremos describir cómo un espacio moviliza a la gente, preestablece tipos de interacciones entre las personas, impone ciertas reglas, promueve ciertos comportamientos, excluye otros, etc.

Dicho esto, es posible elegir de antemano dos o más espacios y/o grupos sociales para contrastarlos, si es que esto aporta al tema de la investigación, tomando en cuenta que implicará una mayor inversión de tiempo. Si se quiere estudiar el impacto de la migración internacional sobre el cotidiano de los parientes cercanos que se quedaron en Bolivia,

se puede comparar familias de diferentes posiciones sociales; comparar hogares donde migró únicamente el padre, solo la madre, o migraron ambos; o comparar diferentes configuraciones familiares: padres y madres separados, madres o padres solteros, presencia en el hogar de otros miembros de la familia, etc. Estas comparaciones permitirán entender cuánto y cómo cada uno de estos parámetros impacta (o no) la dinámica familiar. No obstante, y más aún si mi tiempo de estudio es corto, intentaré limitar su número poniendo el foco de atención en unas cuantas configuraciones particulares.

Igualmente, si se quiere enfocar de manera etnográfica la aplicación de una reforma educativa, más vale empezar por un colegio y una materia en particular (y quizás por un nivel de enseñanza específico), antes que querer investigar el impacto de la reforma en todas las aulas de todos los colegios de Sucre o de La Paz. Esto permitirá observar detenidamente cómo los diferentes actores (docentes, padres y madres, alumnado, personal administrativo, etc.) se apropian o resisten este proceso, pero también, cómo negocian o se confrontan entre sí para su aplicación. Siempre es preferible analizar en detalle, y de manera contextualizada, unos pocos hechos y procesos específicos, que desembocar en un panorama superficial y general, causado por un universo de investigación demasiado amplio. Una vez entendido a profundidad lo que se juega en un ámbito reducido, se podrá ampliar el estudio.

### **Estas unidades sociales reducidas ofrecen una visión global del universo de estudio**

Elegir grupos sociales de limitada magnitud, permite lograr una visión global del universo de estudio. En efecto, la vida social es un “todo” cuyos diferentes aspectos (la organización social, lo económico, el parentesco, lo religioso, etc.) están estrechamente imbricados. Esto no implica que el estudio tenga que abarcar todos estos aspectos, sino que, cualquiera sea nuestro foco de interés, se prestará a la atención a la manera en la que estas prácticas se articulan con las demás experiencias de la vida social de los sujetos del estudio. Por ejemplo, querer estudiar la música de una comunidad campesina sin tomar en cuenta su relación con el género, la agricultura, la ganadería, la religión o la migración, limitara considerablemente nuestra comprensión.

Por otra parte, ningún segmento poblacional - ni siquiera el más remoto asentamiento indígena - es una isla independiente del resto de la sociedad. Aunque parezca un enfoque muy localizado, hacer etnografía supone prestar mucha atención a las relaciones entre nuestro "pequeño" universo de estudio y el funcionamiento global de la sociedad. Así, un estudio de las prácticas agrícolas en una comunidad campesina no puede prescindir del análisis de las influencias e intervenciones de actores exteriores (ONGs, Estado, migrantes, intermediarios, etc.). Más aún, el estudio de cualquier grupo social particular aclara el funcionamiento del conjunto de la sociedad. Así, las trayectorias de vida de las mujeres que se prostituyen revelan el funcionamiento del empleo en general, exponiendo cómo se articulan el género, las representaciones sociales de la sexualidad y del trabajo, el nivel de educación, el origen social, la posición económica y las historias familiares, con la mecánica sexista del mercado laboral cuando las mujeres quieren emplearse (y no solo aquellas que en algún momento se prostituyen). De esta manera, los análisis localizados permiten investigar cómo impactan concretamente en el "campo" procesos sociales de gran escala, regionales, nacionales y transnacionales.

### **Terrenos virtuales**

La web (páginas como Facebook, Twitter, Instagram, los foros en línea, los videos que suben nuestros sujetos de estudio), su uso e impacto en la vida social, ofrecen fascinantes nuevos objetos y terrenos de investigación, replanteando interrogantes fundamentales del análisis de la sociedad, tales como la naturaleza de las relaciones sociales y de poder, la relación entre lo público y lo privado o entre lo local y lo global. En la red, se puede identificar y estudiar la conformación y las prácticas de grupos sociales cuya existencia depende de la misma: colectivos militantes, grupos de afinidades, de usuarios y usuarias, etc. Lo que se da a ver en la red puede constituir la totalidad de nuestro universo de estudio (es el caso, por ejemplo, de fenómenos como #metoo, #niunamenos o #conmishijosnotemetas); sin embargo, para entender el impacto del uso del internet en las prácticas y subjetividades, o el cómo los colectivos que existen en la web se movilizan fuera de ésta, es necesario completar la investigación con una etnografía clásica, interactuando presencialmente con sus miembros.

En determinados contextos, la web permite entrar en contacto con individuos que difícilmente se logra identificar fuera de ella. Por ejemplo, las páginas de citas pueden convertirse en una puerta de entrada para entrevistar a usuarios y usuarias de ciertos servicios o prácticas sexuales, a través de los foros o de los mensajes privados. Con tal que se reflexione sobre los límites y sesgos que implica no conocer más de sus interlocutores e interlocutoras que aquel personaje que ponen en escena a través de la web; el anonimato y la confidencialidad de los *chats* pueden favorecer intercambios más sueltos que una entrevista cara a cara.

Finalmente, al ser omnipresentes, los usos sociales de la web, se han vuelto un componente inevitable del análisis de casi todos los escenarios sociales: las sociabilidades cotidianas, el acceso a la información, la vida en aula y el aprendizaje, las movilizaciones sociales, la producción cultural, el consumo, etc.

*La metodología no es un conjunto de técnicas, es también un enfoque, una intención y una experiencia vivencial de la que depende la naturaleza del conocimiento que se va a obtener. En este sentido, considerar la metodología como una mera caja de herramientas, sería como pensar que el hecho de tener taladro, lo vuelve a uno odontólogo.*



## EL ENCUENTRO DE UN/A INVESTIGADOR/A PARTICULAR CON UNA SOCIEDAD PARTICULAR

El trabajo de campo es una relación social en la que interactúan individuos concretos, pero desde posiciones sociales diferentes. Para comenzar, tenemos el hecho de que unos o unas tienen el proyecto de investigar a “otros” y “otras”. Por un lado, está quien investiga, con sus metas, su formación, su origen y su trayectoria personal, que determinan los preconceptos con los que llega al terreno; por otro lado, están los sujetos de la investigación, quienes desde sus propias posiciones sociales, interpretan la situación de entrevista y nuestra presencia. Los primeros momentos del trabajo de campo se pueden caracterizar, claramente, como el encuentro entre dos imaginarios: por un lado, los preconceptos de la investigadora o investigador y, por el otro, los de la población que será objeto de investigación. Estos últimos se traducirán en la manera en la cual seremos juzgados o juzgadas, a primera vista, por los habitantes de nuestro terreno de investigación.

### **La trayectoria personal de quien investiga**

Se supone que la elección del universo y del objeto de la investigación responden, en primer lugar, a objetivos científicos: el deseo de aportar al debate académico o público desde una perspectiva innovadora. La disciplina científica en la cual nos hemos formado, el lugar de la formación y las escuelas teóricas que allí se profesan, crean elecciones y acercamientos particulares (ver Recuadro 7). Otras veces, los financiamientos guían nuestras decisiones. Sin embargo, tanto la elección del campo, como del objeto de la investigación, suelen responder también a motivos más personales e íntimos. Cuando se tiene la posibilidad de elegir, nuestras ambiciones, inclinaciones políticas y religiosas, así como la trayectoria y la sensibilidad personal, influyen - incluso de manera inconsciente - en nuestras elecciones. Por ejemplo, el deseo de estudiar nuestra comunidad de origen, un grupo social que parece encarnar nuestros ideales de participación democrática o de lucha, o un grupo con el que compartimos una experiencia. Por cuestiones como estas, es que hay más mujeres que hombres que se interesan por estudiar la violencia familiar o el acceso

de las mujeres al empleo. Estos anhelos tienden a orientar, cuando no a sesgar, nuestra percepción de la porción de realidad estudiada. A veces, querer tomar partido por las "mujeres", conlleva naturalizar esta categoría, obviando la complejidad de los mecanismos que contribuyen a su subalternización; por ejemplo, el hecho de que no es, en sí, por ser mujer que sus sueldos suelen ser inferiores a los de los hombres, sino que su posición de género y las responsabilidades familiares que recaen sobre ellas, les traen muchas desventajas en términos de educación, de carrera y de ambición profesional. Sin reducir los motivos de la investigación a una psicoterapia, no se puede negar el rol del bagaje personal de los investigadores e investigadoras en sus elecciones y perspectivas científicas y, por ende, en los resultados obtenidos. Por ello, dos investigadoras de la misma edad que trabajan simultáneamente en un mismo grupo social, con la misma formación y las mismas reglas metodológicas, no percibirán lo mismo durante el trabajo de campo. No por esto, una investigación será más acertada que la otra, ambas constituirán dos acercamientos complementarios de la misma realidad. El fin de la antropología es comprender cómo la gente representa su realidad frente a un interlocutor o una interlocutora particular.

### **¿Quién soy para mis interlocutores e interlocutoras? ¿Cuál es mi lugar?**

Si hacer trabajo de campo es una experiencia legítima desde el punto de vista académico, ¿qué pueden pensar quienes, sin habernos invitado, nos ven un día llegar con nuestros cuadernos, grabadora, cámara y preguntas indiscretas? Al principio, gran parte del trabajo de campo consiste en negociar nuestra presencia y la posición a partir de la cual interactuaremos con las personas del universo de investigación. Entendemos por "lugar" o "posición" del investigador o la investigadora, la manera desde la cual nuestros interlocutores e interlocutoras interpretan, definen y controlan nuestra presencia y proyecto y, en función de ello, deciden lo que nos darán a ver o a escuchar. Esta posición, o lugar simbólico, es negociable sobre la marcha, en función de las relaciones concretas que vamos trabando con los sujetos de la investigación.

Para otorgarnos este lugar, nuestras interlocutoras e interlocutores interpretan a su manera, y desde sus propias posiciones, quiénes somos, qué hacemos acá, y qué provecho o inconvenientes representan nuestra investigación y presencia: ¿Será que este desconocido nos podrá ayudar a conseguir financiamiento para la escuela del barrio? ¿No será que nuestras repuestas terminen en una oficina de la renta? ¿Será que hablar con esta estudiante me permitirá aclarar algunos aspectos de mi vida? Siempre es interesante preguntarse sobre el porqué la gente se presta o se niega a colaborar y a brindar información.

Más allá de los malentendidos y desconfianzas, - aun cuando no conozcamos de antemano a las personas que pretendemos estudiar -, nuestra relación nunca surge de la nada. El trabajo de campo solo es un momento dentro de la situación de contacto entre el grupo social con el cual es identificado quien investiga y la población estudiada. Cuando un profesional - hombre o mujer - de la ciudad llega a una comunidad rural, se le trata como a un profesional de la ciudad, antes que como a Pedro o Juana. Previo al encuentro, nuestra relación ya está inscrita en coyunturas sociales e históricas que sobrepasan a nuestras personas, actualizando un tipo de interacción y comunicación anterior a la situación de entrevista. Nadie es visto o vista como "investigador nomás", despojado de otros parámetros sociales tales como nuestro origen o nuestra condición social. Así, en el contexto boliviano, el primer encuentro entre personas autoidentificadas como indígenas y personas percibidas como no indígenas, puede reproducir desconfianzas o expectativas arraigadas en relaciones históricas previas con profesionales, interventores del Estado, de las ONGs, etc.

No existen sociedades *a priori* más acogedoras que otras, pero sí antecedentes históricos de la relación entre la sociedad estudiada y la del etnógrafo o la etnógrafa, que moldean - por lo menos a un principio - su relación. Eso es válido para todos los ámbitos sociales, incluyendo aquellos donde quien investiga ocupa un lugar subalterno; por ejemplo, cuando emprendemos una investigación sobre élites sin ser parte de ellas. Que sea "gringo", boliviana, o miembro del grupo estudiado,

cada posición trae sus ventajas y limitaciones. A veces, la lejanía es más propicia para las confidencias, mientras en otros terrenos, un investigador foráneo, hombre o mujer, será sospechoso de ser un aprovechador.

Nuestro sexo, así como nuestra edad, también influyen sobre el tipo de relaciones que entablaremos en el campo. Sin embargo, no hay razones para creer que solo las mujeres pueden hablar con mujeres o sobre temas identificados como femeninos, y lo propio para los hombres. El hecho de ser externo al entorno familiar, puede ser más relevante que el sexo del investigador a la hora de establecer una relación de confianza. El tiempo y la convivencia prolongada permiten, además, flexibilizar el lugar que se nos otorga a lo largo de la investigación.

Ser asignado a una posición u otra, no representa en sí una barrera, en tanto que sepamos tomarlo en cuenta, a la hora de reflexionar sobre lo que aprendimos del trabajo de campo, y a analizarlo como parte de la información producida. En este sentido, la co-presencia de varias investigadoras e investigadores en el mismo terreno, con tal que no se invada a sus habitantes, puede ser una fuente rica de perspectivas cruzadas.

## Recuadro 9. La palabra no surge con quien, ni cuando sea

### Cuando Pierre Clastres quiso estudiar el canibalismo

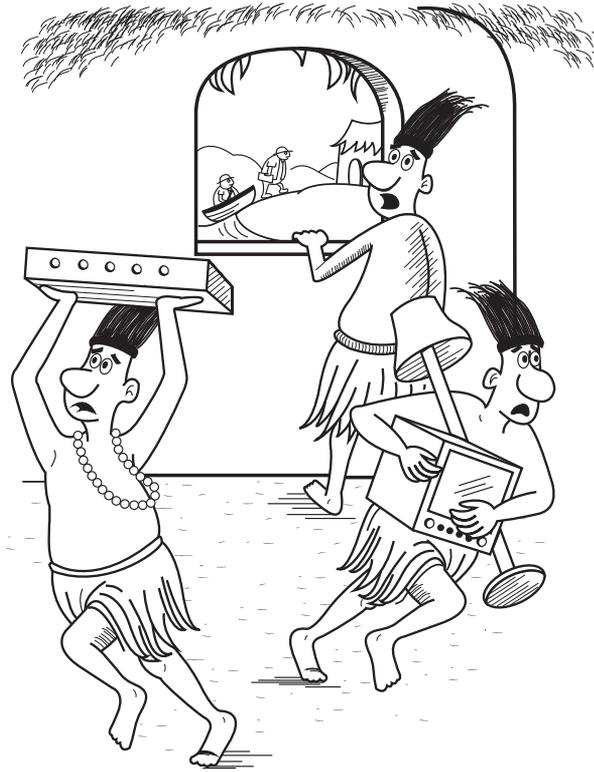
Hace unas décadas, el antropólogo francés Pierre Clastres<sup>10</sup> (1972) emprendió una investigación sobre el canibalismo en una sociedad selvática del Paraguay, los Aché, que sirvió de base para uno de sus libros. Cuando Clastres empezó a interrogar a los Aché acerca de estas prácticas, todos y todas se ofuscaron. Le contaron que, desde la venida de los curas, ellos enterraban a sus muertos y le describieron con lujo de detalles sus procedimientos funerarios. Los caníbales, como los padres golpeadores, siempre son “los otros”, y los Aché aconsejaron al etnólogo adentrarse más lejos en la selva, en donde sí existían “verdaderos salvajes”. Como buen estudioso, Clastres no se dejó desanimar. No se aferró a su primer tema de estudio, sino que emprendió una interesante investigación sobre la organización política de los Aché, acorde a las posibilidades que le brindaban. Estuvo años conviviendo con este grupo social, hasta que un día una anciana, un poco senil, empezó a contarle sobre la muerte de su hija. Pierre Clastres, quien ya había escuchado muchas veces el relato del entierro, se puso impaciente y quiso cortarle la palabra. La anciana se enojó y le dijo: “¿A que no sabes cómo nos la comimos?”. Recién ahí, después de largos meses de silencio, Clastres tuvo la confirmación que los Aché se comían a sus difuntos y pudo empezar a investigar sobre su tema inicial. Hasta no establecer la relación de confianza suficiente, sus interlocutores e interlocutoras solamente le habían soltado el discurso que habían construido para los curas, de modo que les dejaran en paz, demostrándole que ya no eran caníbales sino buenos católicos.

10 CLASTRES, Pierre, 1986 (1972). *Crónica de los Indios Guayaquis: lo que saben los Aché, cazadores nómadas del Paraguay*. P. 252, Alta Fulla, Barcelona.

## IMPLICACIÓN Y REFLEXIVIDAD

Una vez identificado el investigador y la investigadora (aunque probablemente de manera distinta a la idea que se hace de su propia posición), el grupo estudiado controlará su presencia en su propio escenario social y, por qué no, sacará provecho de ella. A veces, se le intima a tomar parte en un conflicto, otras a reorientar su investigación, sus resultados, o a abogar hacia afuera por alguna causa, que puede tener poco que ver con su objeto de estudio. Es frecuente que las demandas tomen la forma de pedidos económicos: prestar plata, pagar una receta, patrocinar la promoción del colegio, buscar financiamiento para un proyecto, etc. Todos estos pedidos son legítimos y cada quien sabrá cómo enfrentarlos, no sin antes preguntarse qué tipo de relación está construyendo con su universo de estudio, si esta es sostenible y si concuerda con los objetivos que se ha fijado. ¿Es una forma de comprometerse con las metas del grupo social estudiado? ¿Sólo se trata de apurar la investigación comprando información? ¿O de remediar el hecho de no haber logrado legitimar de otra manera nuestra presencia? Probablemente, "solo" se propone, de manera muy lógica, al investigador o investigadora ocupar una posición similar a aquella de las personas más pudientes del mismo grupo social; lo cual se torna en sí en una interesante fuente de información sobre su funcionamiento.

Sin embargo, muchas veces quien investiga se encontrará implicado o implicada en la realidad que se propuso estudiar, sin que se le explicita ningún pedido. Su sola presencia provoca situaciones y discursos que no se hubieran producido, por lo menos en esta forma, si no estuviera allí. Los ritos funerarios inventados por los Aché para satisfacer la curiosidad del antropólogo Pierre Clastres (ver Recuadro 9), sin revelar sus prácticas antropófagas que sabían que serían reprobadas por la sociedad a la cual el antropólogo pertenecía, proveen un buen ejemplo de cómo los habitantes de nuestro terreno de investigación adaptan su realidad a la imagen que quieren difundir de sí mismos; en este caso, al propósito de que se les deje vivir en paz.



“¡Antropólogos! ¡Antropólogos!”

Inclusive cuando se es parte del grupo social estudiado, al investigador o la investigadora se le exige desempeñar un papel de tercero, poniendo en escena identidades, búsquedas de reconocimiento, pero también conflictos y relaciones de poder destinadas a que tome parte. Su presencia puede ser aprovechada para ajustar cuentas, hacer llegar un mensaje adentro o afuera del universo de estudio o, simplemente, encontrar el coraje de expresar hacia su entorno reclamos hasta el momento silenciados. Del testigo neutro que quisiera ser, quien investiga es, sin cesar, interpelado o interpelada como agente directo de la vida social que pretende estudiar. De hecho, lo primero que se le da a observar son las consecuencias de su presencia y la manera en la cual el grupo social estudiado gestiona su proyecto de investigarle. Como cualquier evento fuera del escenario rutinario, este momento es particularmente propicio para entender quién es quién, quiénes y cómo se toman las decisiones, - comenzando por aceptar o rechazar nuestra presencia -,

qué tipo de relaciones y jerarquías atraviesan el segmento social de estudio y qué reacciones (de rechazo, de duda o de adhesión) provoca el tema elegido. Lejos de constituir un obstáculo, el impacto de nuestra presencia se debe tornar en un instrumento privilegiado para analizar el funcionamiento interno del grupo estudiado (ver Recuadro 18).

La legitimidad científica de la información etnográfica depende, entonces, de una reflexión importante sobre las lógicas sociales en el marco de las cuales fue constituida: cuál fue el lugar, la posición respectiva de quien investiga y de sus interlocutores e interlocutoras durante sus interacciones, cuál fue la naturaleza de su relación, y cómo eso influyó en la producción del conocimiento. A este proceso interpretativo se le llama **reflexividad**.

### **Recuadro 10. De cómo la reflexividad sobre nuestra posición social se torna en fuente de datos**

En la década de los 90, participé de una investigación orientada a la formulación de políticas públicas en Bolivia. Varios etnógrafos y etnógrafas, que ya veníamos trabajando entre poblaciones indígenas en distintos lugares de Bolivia, fuimos convocados por una institución estatal para estudiar el porqué del supuesto fracaso de la implementación de letrinas en ocho grupos étnicos rurales. Yo hice el estudio para un grupo de ayllus del Departamento de Potosí en los que había trabajado por algunos años, lo que me permitió organizar el trabajo de campo en un periodo bastante acotado.

Una de las cuestiones que llamó rápidamente mi atención era que las perspectivas masculina y femenina sobre el problema en cuestión, tendían a diferir sistemáticamente en varios puntos. Los hombres solían plantear casi siempre que sí querían las letrinas, que se usaban y, en algunos casos, que estaban “mal hechas”. Las mujeres, por su parte, planteaban abiertamente su rechazo a las letrinas, explayándose ampliamente sobre “el olor hediondo”, “las moscas que traen enfermedad”, además de otros factores tales como el no estar durante el día en la casa sino en la chacra, el miedo de que se cayeran dentro

de las letrinas los niños pequeños o las crías de los cerdos, etc. A la postre, en mi análisis atribuí - al menos en parte - las diferencias de sus discursos, a la percepción diferencial que hombres y mujeres tenían de mi posición como investigadora.

En años anteriores, mientras trabajaba en estas mismas comunidades, yo dedicaba buena parte de mi tiempo a apoyar un proyecto de producción de la asociación de tejedoras local. Esto último, había redundado en que pasara mucho más tiempo con las mujeres y que entablara amistades y complicidades con muchas de ellas, que relativizaban mi posición de foránea. Mi relación con los hombres era más distante y estaba matizada por una voluntad de ellos, más pronunciada que en el caso de las mujeres, de procurar aparecer frente a la gente de la ciudad, como gente "civilizada", identificada con la cultura urbana. La mayor reticencia de los hombres a reconocer que no usaban las letrinas y a no atribuirles un carácter totalmente negativo, se debía a que no querían ser juzgados como menos "civilizados" por una mujer extranjera y urbana que, quiérase o no, provenía de un sector social que seguía estigmatizándoles por su forma de vida. Además, yo era identificada como representante del Estado, y uno de sus roles como hombres - y/o autoridades - era interactuar con los funcionarios estatales o de ONGs para conseguir "ayudas". De hecho, yo había explicado que los resultados de la investigación sobre las letrinas implicarían definir si se debía o no continuar haciendo letrinas área rural. En este sentido, la actitud cautelosa de ellos, al no decir cosas que creyeran que podían poner en riesgo "las ayudas" de "afuera", influyó claramente en sus respuestas.

Claudia Hernández Soriano

## ETNOGRAFÍA EN “CASA” CUANDO QUIEN INVESTIGA YA ESTÁ IMPLICADO

Tradicionalmente, el trabajo de campo etnográfico pone en escena a investigadores e investigadoras, ajenos y/o ajenas, al grupo social estudiado. De hecho, gran parte de las situaciones descritas en este manual se refieren a esta posición. Sin embargo, es cada vez más frecuente que quien investiga se conozca de antemano con sus interlocutores e interlocutoras. Esto tiene lugar, por lo menos en dos configuraciones:

- Cuando decidimos hacer trabajo de campo estudiando una unidad social a la cual pertenecemos: nuestro barrio, pueblo, ámbito laboral, colectivo, etc. Hoy en día esto es cada vez más común.
- Cuando, pertenezcamos o no a este grupo social, nos proponemos indagar en una población en la cual intervenimos. Esto ocurre por ejemplo cuando profesionales de la agronomía, de la medicina, la educación, el trabajo social, o dirigentes y activistas sociales se plantean investigar sobre los procesos sociales que los y las involucran, realizando un intento de “auto-etnografía” en la cual, además de investigar, son a la vez actores locales.

En ambas configuraciones, quien investiga no es un agente externo que descubre un mundo nuevo y ajeno, ya está socialmente implicado o implicada, y tiene un lugar en la realidad social que pretende (re)descubrir. Esta familiaridad trae sus ventajas: anticipa la fase exploratoria previa al planteamiento del objeto de estudio, y facilita el acceso al campo y sus habitantes. Sin embargo, puede también estropear el proceso de investigación. En primer lugar, la familiaridad complica el proceso de distanciamiento a través del cual quien investiga procura poner entre paréntesis sus preconcepciones para abrirse a nuevas perspectivas. En una etnografía en terreno conocido, eso significa alejarse de sus expectativas como miembro del grupo social o profesional involucrado. Si quien investiga sigue pensándose como uno o una más del lugar, o como agrónomo, médica, profesora o enfermero, si no logra relativizar el carácter de “dado por sentado” de lo que observa, no podrá entender algo distinto de lo que ya sabía antes de emprender el trabajo de campo. Salir de nuestras rutinas interpretativas es aún más difícil cuando nos

proponemos objetivar nuestras propias prácticas dentro del grupo social estudiado. Por esto, es siempre provechoso solicitar una mirada externa, por ejemplo aquella de algún o alguna colega.

Otro gran desafío consiste en entender y controlar la manera en la cual las relaciones inter-individuales y las posiciones existentes orientan el desarrollo del trabajo de campo. ¿Cómo pretender ser una observadora u observador “exterior” (y ni que decir neutral), cuando se entrevista a su propio tío, su dirigente, su colega o su ex paciente? Responder lo más sinceramente posible no sea probablemente aquí su motivación principal. En terrenos familiares, las estrategias discursivas de las personas entrevistadas en función de las alianzas, las dependencias y las relaciones de autoridad que les relacionan de antemano con quien investiga, serán aún más difíciles de superar. Cuando el personal del centro de salud indaga sobre los cuidados materno-infantiles, quizás sea más importante demostrar que se ha entendido bien los cursillos impartidos por la posta, que comunicar sus prácticas reales; sobre todo si se sospecha que éstas serán juzgadas negativamente. De la misma manera, cuando una profesora investiga el compromiso de las familias con la escuela, la discusión puede rápidamente transformarse en una clásica entrevista de seguimiento, donde los parientes negocian la benevolencia de la docente.

Alguien que ha actuado anteriormente desde otra posición con la población estudiada, no puede pretender que se lo tome como un “investigador nomás” y que no se le responda, en primer lugar, como médica del hospital, profesor de la escuela, dirigente de la comunidad, pariente, etc. Estas situaciones profundizan el sentimiento de que existen buenas y malas respuestas; de hecho, “equivocarse” puede traer consecuencias directas sobre la vida de quienes responden a las entrevistas. ¿Qué pensar, por ejemplo, de un director de escuela que hace etnografía de aula durante las clases de sus subalternos? Aquí, la frontera entre el proceso de conocimiento, diagnóstico y evaluación profesional del desempeño de las personas investigadas, es aún más difusa.

Por otra parte, los intereses del investigador o investigadora local, pueden no coincidir con los de las demás personas. Ser parte de la misma población no implica que se ocupe una posición similar. Al igual

que en los grupos focales, - que se describirán en el próximo capítulo -, los procesos de investigación participativa escenifican las relaciones de poder y las jerarquías locales: ¿Quién orienta el desarrollo de la investigación? ¿Quién decide qué temas o resultados son pertinentes? ¿Qué opiniones se imponen sobre las demás?, etc.

Sea como profesional, o como miembro de la sociedad, la preexistencia de un lugar en la sociedad interfiere, también, con el acceso al campo. Así, un investigador local puede ver como se le cierran puertas y o se le niegan informaciones porque heredó enemistades, o porque se sospecha que su uso de la información será más personal que científico. Mientras que, al no estar inmersa o inmerso en los asuntos internos (por lo menos en un principio), una investigadora externa puede gozar de mayor libertad para ir y venir entre los diferentes espacios sociales y, - a su vez -, no se espera que se atenga con toda rigidez a las normas y a los roles sociales preestablecidos. Así, probablemente le sea más fácil a una foránea ingresar en el interior de la mina que para la pariente de un minero, cuya identidad como mujer involucra la división sexual de la sociedad minera (ver Recuadro 17). La lejanía suele también propiciar confidencias: nos animamos a contar a un psicólogo cosas que no expondríamos a un pariente o colega (menos a un superior), y a veces preferimos elegir a un total desconocido, antes que a alguien de nuestro vecindario o a una ex compañera de curso. Finalmente, las expectativas y el control ejercido por el grupo social estudiado, serán también mayores hacia investigadores e investigadoras locales, que hacia alguien de afuera.

El mundo no se muestra entonces por sí mismo, ni a familiares, ni a extraños. Ni la etnografía "distanciada", ni el ser parte del grupo social estudiado, garantizan de por sí un mayor acceso a su conocimiento. Es que el proceso etnográfico no depende únicamente de la posición de quien investiga, sino de cómo la negocia, interpreta y restituye en su informe final; pero también, y sobre todo, la manera como construye su objeto de estudio. Esto último no depende de una identidad social (de adentro o de afuera), sino de una disposición intelectual.

## Recuadro 11. Investigación participativa

### ¿De qué estamos hablando?

El término “investigación participativa” es lo suficientemente vago como para cobijar métodos variados tales como el llamado “sondeo rural rápido”, la “investigación acción participativa (IAP)” o - en términos generales - todas las técnicas de producción de conocimiento ligadas a la “educación popular” y la “pedagogía del oprimido”. Aunque distintas, todas estas modalidades tienen al menos un par de elementos en común: por un lado, la idea de que desde un ámbito grupal se puede generar información verídica acerca de lo social y, por otro lado, que el carácter “participativo” (en el sentido de que todos y todas podrían en teoría hablar) de estas instancias, trae consecuencias positivas para comprometer al grupo social con objetivos del proyecto o proceso de cambio en el marco del cual se desarrollan este tipo de investigaciones.

Sin embargo, la realidad puede ser bastante diferente. Así, las investigaciones participativas del tipo “sondeo rural rápido” (una forma de entrevista grupal), puestas en boga por los proyectos de desarrollo en la década de los 80, han tendido, en ocasiones, a enfocar la “participación” de un modo demagógico. Este sería el caso, cuando la población “meta” solo “participa” como proveedora de información, mas no es tomada en cuenta para la toma de decisiones, la aplicación y el uso ulterior de la información. Se crea así una ilusión de democracia, que obscurece quién en verdad toma las decisiones, o sea, las relaciones de poder. En otras ocasiones, el problema mayor de este tipo de investigaciones participativas rápidas es más bien epistemológico: el hecho de que un grupo de gente se junte y declare por consenso que las cosas son de una cierta manera, no convierte a este discurso en conocimiento objetivo, en el sentido de que se condiga con las prácticas reales. Muchas cuestiones condicionan la emergencia de estos consensos discursivos, entre ellas, el hecho de que los y las presentes no ocupan el mismo lugar en las relaciones de poder. No todas las personas se sienten autorizadas a hablar, a expresar puntos de vistas

disidentes, además que, en función de su posición jerárquica, su palabra tendrá mayor o menor peso y legitimidad. Volveremos sobre estos temas al presentar la técnica de los grupos focales.

Por su parte, la “investigación acción participativa (IAP)” y los métodos de producción de conocimiento arraigados en la llamada “pedagogía del oprimido”, puestos en boga en las décadas de los 70 y 80 en muchos países de América Latina, tienen un primer objetivo muy claro. Basándose en un proceso vivencial (de tipo etnográfico), se busca “poder” y no tan sólo “desarrollo” para la población. En palabras de Fals Borda<sup>11</sup> *“La IAP implica adquirir experiencias e información para construir un poder especial - el poder popular - que pertenezca a las clases y grupos oprimidos y a sus organismos, con el fin de defender los justos intereses de éstos y avanzar hacia metas compartidas de cambio social en un sistema político participativo”* (Fals Borda, 1986:56-57). En términos teóricos, señala: *“... este objetivo (romper la actitud de sumisión) se identifica como el rompimiento del esquema sujeto (yo)-objeto (el otro), para que quede como entre cooperadores, es decir, de sujeto a sujeto. Cuando se alcanza tal simetría de trabajo y de vida, se practica la verdadera participación y los resultados de la acción social y política pueden ser superiores”* (Fals Borda, 1986:56-57).

Como se ha descrito hasta aquí, para el método etnográfico resulta crucial la contrastación entre discursos y prácticas; el análisis de las relaciones de poder dentro de un grupo que favorecen la expresión de unos por sobre otros (generalmente, otras); el contexto en el que el habla se produce y la integralidad de los hechos sociales. Visto así, el método etnográfico y los métodos de la llamada “investigación participativa”, no sólo son diferentes, sino que también producen conocimiento de distinta naturaleza. De hecho, una etnógrafa puede analizar una reunión comunal en la que se realiza un sondeo rural participativo - por ejemplo sobre prácticas agrícolas -, pero registrará esta reunión como un hecho social más a analizar y no como fuente directa de producción de datos de campo.

11 FALS BORDA, Orlando, 1986. *Conocimiento y poder popular*. Siglo XXI editores. Bogotá.

## ¿Y NUESTRO/A INTERLOCUTOR/A, QUÉ ELECCIONES TIENE?

Se plantea a menudo la posibilidad de hacer investigaciones encubiertas, sin informar a la población que estamos investigando o mintiéndole sobre la finalidad de nuestra investigación. Es cierto que algunos temas como el aborto o la violencia intrafamiliar pueden requerir ser revelados de a poco. Mientras se va construyendo una relación de confianza, se puede en un primer momento, anunciar intereses más generales como la maternidad o las relaciones de pareja. Se entiende también que, en ciertas circunstancias (durante una fiesta o en una oficina donde transita mucha gente, por ejemplo), no se puede presentar sistemáticamente a todos y todas. Sin embargo, una buena investigación cualitativa no se puede hacer a ocultas. Primero, por una cuestión de respeto: no se puede sacar información a una persona dentro de una relación que no es la que pretende ser ¿qué haríamos si nos damos cuenta que nuestra niñera está escribiendo un libro sobre nuestras relaciones de pareja? Trabajar de encubierto no es sostenible a largo plazo: en cualquier momento el disimulo saldrá a la luz y quien investiga será, probablemente, expulsado.

La segunda razón, es a la vez metodológica y epistemológica. La idea de que se pueda hacer una encuesta encubierta, responde a la creencia de que existe una realidad independiente de la presencia del observador u observadora, y que ocultar su propósito, permite acceder a ésta de manera “menos contaminada”. Es cierto que presentarse como trabajadora social puede facilitar el ingreso a ciertos ambientes, tales como los establecimientos de prostitución. No obstante, esta identificación dificultará la participación en ciertas actividades (por ejemplo, acompañar a las trabajadoras sexuales durante las reuniones de sus organizaciones o cuando toman con clientes) en las que la presencia de una investigadora puede ser más aceptada que la de una agente de los servicios públicos de salud. Sobre todo, frente a una trabajadora social, es probable que las trabajadoras sexuales se expliquen sobre sus problemas familiares, o de sus buenas prácticas del condón, y que se presenten más fácilmente como “víctimas” para complacer a los servicios sociales, y no comprometer la ayuda que éstos les podrían brindar. En cambio, callarán el hecho de

que no desean dejar la prostitución o la existencia de ciertas prácticas (como aquellas ligadas al enganche de nuevas trabajadoras), para no enfrentar la reprobación de las instituciones que colaboran con su sector. Nada nos impide usar una experiencia profesional previa o acompañar a una trabajadora social (al cura, al empleado de una ONG, etc.), para establecer los primeros contactos, pero presentarse como investigadora o investigador y lograr ser aceptado como tal, permite establecer una colaboración más provechosa, en base a un objetivo común real con nuestros interlocutores e interlocutoras. Eso no significa, como lo detallaremos en el próximo capítulo, que el lugar asignado a quien investiga sea más neutro. Significa, que solo revelando nuestro proyecto podremos analizar los sesgos que conlleva nuestra posición, además de evitarnos desagradables desengaños. Únicamente las personas interesadas en la investigación y en la relación con un investigador o una investigadora (y/o en los beneficios reales que les puedan traer) nos colaborarán. Por la misma razón, a la hora de explicar por dónde va nuestra investigación, no se debe fomentar falsas expectativas sobre su impacto positivo (más probablemente su ausencia) en la vida del grupo social involucrado.

Ahora bien, ¿A quiénes tenemos que pedir su acuerdo para investigar? Obviamente, a todas las personas que vamos a entrevistar y observar. Cuando el grupo social dispone de una organización jerarquizada, puede ser necesario negociar con la autoridad de la comunidad, el dirigente del sindicato, la animadora del club de madres, etc. Su acuerdo no implica, sin embargo, que todos los demás individuos tengan que aceptar nuestra investigación. Tampoco esta aceptación está dada para siempre, ni para todas las circunstancias. En cualquier momento, nuestros interlocutores e interlocutoras están en su derecho suspender su colaboración o rechazar nuestra presencia.



“El etnógrafo ya se fue”

# 3 ENTREVISTAS Y OBSERVACIONES

La obtención de datos empíricos de primera mano, basados en la oralidad (lo que se dice) y la observación (lo que se hace), constituyen la base de la etnografía. Sin embargo, la diversidad de los grupos sociales, de los objetos de estudio y de las situaciones de investigación, limitan la elaboración de recetas universales definidas de antemano. Hay una parte de improvisación en el uso de las herramientas de la etnografía, en el sentido de que las estrategias se van redefiniendo sobre la marcha. Dicho esto, es importante tener en mente dos cosas:

1. Si bien las entrevistas personalizadas y la observación participante son herramientas privilegiadas, **todos los encuentros y todos los momentos son propicios a recoger información**. Cualquier situación de comunicación o de observación es propicia para acercarse a la realidad social que se pretende estudiar: en la plaza esperando el transporte, comiendo un caldo de cardán debajo de una carpa, o festejando el cumpleaños del profesor.

2. **Dejarse guiar por el terreno**, significa, sobre todo al principio, no excluir a priori ningún tipo de información. Esta diversidad y heterogeneidad que dan a veces la impresión de “perdersse en el trabajo de campo”, permite una visión global del funcionamiento del grupo

social que estudiamos y la posibilidad de descubrir conexiones y temas inesperados. Estas primeras fases, en donde todo nos interesa, son parte de la etapa exploratoria durante la cual vamos construyendo, de manera más fina, el objeto de estudio.

## DE LA COMUNICACIÓN INFORMAL A LA ENTREVISTA PERSONALIZADA

Se suele distinguir las entrevistas a profundidad, no estructuradas o semiestructuradas, de los cuestionarios cuantitativos en donde todos los individuos entrevistados son sometidos al mismo guión. Las entrevistas de tipo etnográfico acostumbran ser menos sistemáticas. Si bien se suele elaborar de antemano una lista de temas y de preguntas correlativas, éstas toman forma y se van articulando en función del desarrollo de la conversación. El orden de las preguntas puede cambiar, algunas ya no tienen cabida mientras surgen otras nuevas. La meta es acomodarse a la dinámica de las personas entrevistadas, permitiendo el surgimiento de informaciones que no hemos podido prever de antemano. Mientras los cuestionarios provocan respuestas, las entrevistas cualitativas instalan una conversación destinada a entender las lógicas de pensamiento y de acción de nuestros interlocutores e interlocutoras. Por ello, todas las situaciones de comunicación (verbal o no verbal), incluyendo las que presenciamos sin haberlas provocado, son fuentes de información cualitativa. Sin embargo, el objetivo es también conseguir una discusión más personal e íntima, o sea una **entrevista**.

El lugar en donde se realizan las entrevistas tiene su importancia. Recibir a sus interlocutoras e interlocutores en un lugar oficial (la escuela, la sala de espera de la alcaldía o del dispensario), suele inducir, a la par, un discurso más oficial o convencional que si la entrevista tuviera lugar en la casa de la persona entrevistada, en un bar, o en una chacra; ni hablar de la presencia de autoridades, de la suegra o del conyugue, cuando se intentan tocar los problemas del barrio o de las relaciones familiares.

## Recuadro 12. El lugar de la entrevista condiciona las respuestas

Una experiencia llevada a cabo con niños varones de 10 años de un establecimiento escolar francés, permitió evidenciar en qué medida la palabra de las personas entrevistadas es moldeada por el lugar en donde se expresan (Blanchet y Gotman 1992:91).<sup>12</sup> Después de elegir al azar entre quince voluntarios, dos entrevistadores se encontraron con cinco niños cada semana, un día viernes a la misma hora, para hacerles exactamente las mismas preguntas, en el mismo orden. La única diferencia era que las entrevistas se llevaron a cabo en tres lugares diferentes: los primeros cinco niños fueron entrevistados en el aula, los siguientes en el patio y los últimos en la enfermería. Las preguntas eran las siguientes: (1) Quisiera que me cuentes qué es la escuela para ti; (2) Que me hables sobre tus compañeros; (3) sobre las tareas; (4) sobre tu profesor o profesora. Cada una de estas preguntas eran seguidas por otras destinadas a incentivar al niño a profundizar en sus respuestas: ¿Alguna otra cosa más? ¿Qué más se puede decir sobre este tema? ¿Tienes otras ideas sobre este tema?

Por supuesto, las condiciones de las entrevistas no fueron del todo intercambiables, pudieron haber sufrido imponderables de una semana a otra (el humor de los entrevistados, algún hecho sucedido este día, etc.). Además, el azar no elimina la posible existencia de diferencias significativas entre los diferentes grupos de niños sorteados, cuyo número escaso no permitía matizar. Sin embargo, la comparación entre la palabra de los unos y de los otros, presentó resultados notables:

- En el patio, un espacio percibido como más suyo, menos sometido a la autoridad de los profesores, los niños hablaron de manera muy suelta, sus frases eran largas, asociaban una idea con otra y hablaron también de sus juegos
- En el aula, sus respuestas fueron mucho más escuetas, tímidas, muchas veces solamente alcanzaron a contestar “no sé” y hablaron únicamente de temas escolares, no de sus diversiones.
- En el espacio más íntimo de la enfermería, expresaron con más facilidad sus sentimientos, hablando más de lo que sentían y menos de lo que hacían.

12 BLANCHET, Alain y GOTMAN, Anne. 1992., *L'enquête et ses méthodes: l'entretien*, p. 91, Nathan, París.

## ¿Con quiénes hablar?

A diferencia de la investigación sociológica clásica, la etnografía no emprende cuestionarios de gran amplitud. No trata de entrevistar al conjunto de la población, ni siquiera a una muestra representativa desde el punto de vista estadístico, sino que se privilegia un número limitado de interlocutores e interlocutoras con quienes se podrá también, idealmente, llevar a cabo observaciones. Sin embargo, si este número es demasiado reducido, corremos el riesgo de tomar la excepción por la regla o de generalizar solo en base a casos espectaculares. Por ello, se buscará multiplicar los puntos de vista. Por ejemplo, si queremos estudiar la importancia de la medicina tradicional en una localidad, solicitaremos individuos que ocupen posiciones diferentes: pacientes, personas que no recurren a ellas, curanderos y representantes de otros sistemas de salud tales como el personal médico de la posta sanitaria, miembros de diferentes iglesias, etc. Se suele intentar también, si viene al caso, considerar tanto a hombres como a mujeres, a jóvenes y a gente de mayor edad, a residentes permanentes y no permanentes, a profesionales y no profesionales, etc., a modo de evaluar cómo el género, la edad, el nivel de estudios y otros, influyen sobre los puntos de vista y las prácticas. La representatividad se presiente de manera empírica: la impresión de ya no aprender nada nuevo a pesar de multiplicar el número de personas entrevistadas, es lo que se llama “saturación de datos”. Es señal de que tenemos que cambiar de perspectiva, si queremos profundizar el estudio.

Cuando uno llega al terreno, es usual que sus primeros interlocutores e interlocutoras le reorienten hacia “la gente que sabe” (supuestamente, al menos): el o la dirigente sindical, el licenciado, el personal de salud, la directora de la escuela, etc. Es importante no caer en esta trampa, conversando únicamente con autoridades y personas que portan el discurso oficial; *a priori*, cualquier persona tiene algo interesante que contar. Muchas veces, sin embargo, no elegimos a nuestros interlocutores e interlocutoras, sino que son ellos y ellas quienes decidirán asociarse o no a la investigación y los temas que se abordan. Aunque hablar con un cierto individuo nos parezca imprescindible para nuestro estudio, es importante no forzar la relación de entrevista. Que una dirigente o el trabajador social hayan dado su visto bueno a nuestra investigación, no significa que todas y todos tengan que aceptar nuestras observaciones y preguntas. Una entrevista obtenida sin el pleno consentimiento de la

persona, solo brindara datos incompletos y malos recuerdos. Siempre habrá otros individuos dispuestos a hablar de los temas que nos interesan. Una vez hechos los primeros contactos, es provechoso utilizar las redes de nuestros interlocutores e interlocutoras, y su intermediación, para llegar a conocer y entrevistar a más personas.

Si estar a solas favorece las confidencias, aprovechar que unas pocas personas estén reunidas, charlando informalmente entre ellas, suele ser una buena oportunidad para llevar la conversación hacia nuestros temas de interés, aprovechando la dinámica colectiva para observar como debaten a su manera (qué elementos priorizan, cómo pasan de una perspectiva a otra, etc.), trayendo a la luz lógicas y discrepancias que no se hubieran revelado en una entrevista personal. Esta estrategia se diferencia de la técnica de los grupos focales por el número de personas reunidas, por el hecho de que no fueron convocadas para el estudio, y porque quien investiga no ocupa el lugar de animador sino el de un interlocutor o interlocutora más.

### **Los grupos focales**

Los grupos focales reúnen un grupo de personas (generalmente entre cinco y doce) en torno a un investigador o investigadora, quien organiza la discusión colectiva sobre un tema. Quien investiga genera una lluvia de ideas que permite un primer acercamiento a un tema y la posibilidad de vislumbrar dinámicas generales sobre una problemática particular. Puede, por ejemplo, arrojar datos sobre la relación entre una población y un centro de salud, un establecimiento escolar, o identificar conocimientos sobre un tema o una práctica (las hierbas medicinales del entorno, el conocimiento de una ley, etc.). Por ello, se intenta reunir a individuos que ocupen posiciones diversas frente al objeto de la discusión: hombres, mujeres, viejos, jóvenes, profesionales, autoridades, etc.

Sin embargo, no todas las personas se animan a tomar la palabra en público. El debate puede ser acaparado por sólo ciertas personas, o transformarse en un espacio de consenso artificial, acallando los desacuerdos. Por ello, los grupos focales difícilmente ofrecen la posibilidad de escuchar puntos de vista no oficiales o disidentes; tampoco permiten contextualizar la palabra expresada (¿quién habla?, ¿desde qué posición?, y ¿por qué?), o entrar en la intimidad de las experiencias de los y las presentes. Así,

los grupos focales suelen ser usados para recoger información concreta y poco profunda. Al principio de una investigación más larga, pueden permitir presentar su investigación y conocer a personas con las cuales se podrá, luego, hacer entrevistas o compartir actividades.

## **¿De qué hablar?**

Sobre todo en las primeras etapas del trabajo de campo, intentaremos no limitar la comunicación dentro de un cuestionario muy formal. Es importante llegar a las entrevistas con algunas preguntas preparadas, o al menos un temario detallado, para no perderse en el camino y confundir a nuestros interlocutores e interlocutoras. El objetivo no es pasar por todo el cuestionario, sino ir eligiendo a lo largo de la conversación los temas que más despiertan su interés, que más les “enganchan”. Hay maneras amables para reorientar la conversación de un anciano que se explaya sobre la descripción de todos sus males, cuando queremos charlar sobre la organización de su barrio. Pero también, es importante dejarse guiar por las personas entrevistadas y sus propias lógicas. Sólo de esta manera podremos aprender algo inesperado. Así, si estoy trabajando sobre las técnicas agrícolas y cierro toda posibilidad a las personas de hablar libremente sobre otros temas, nunca se sentirán autorizadas a contarme sus sueños; no obstante, aunque en mi opinión los sueños no tengan nada que ver con el tema de la conversación, tal vez para él o ella sí sea relevante. En una charla sobre las técnicas agrícolas, impedir a mi interlocutor construir el hilo de la discusión, me privará de entender el rol central de los sueños en los pronósticos y las decisiones agrícolas. Son esos momentos en los cuales las personas entrevistadas parecen “salirse del tema”, los que nos permiten construir una visión integral de la sociedad, en el entendido de que ningún dominio de la vida social es totalmente aislable de los demás. La vida social no se organiza en base a temas de investigación, ni a disciplinas científicas.

Hablar de temas que no son específicamente de nuestro interés, aceptar los silencios, reconocer que no es el momento adecuado para hablar, sentarnos sin decir nada mientras nuestro anfitrión hace lo suyo (cocina, responde el teléfono o corta leña), son momentos importantes. Además de permitir el surgimiento de una información inesperada, estos también consolidan la relación sobre cuya calidad reposa la del trabajo de campo.

Para que la entrevista sea placentera y provechosa, hay que darse el tiempo de escuchar las inquietudes de las personas entrevistadas, - ¡ellos y ellas también tienen que sacar provecho propio de la conversación! - y no dejarnos llevar por un frenesí de productividad etnográfica. La palabra no surge donde sea, cuando sea, ni con quien sea. La gente no tiene por qué decir todo de entrada; el trabajo de campo casi siempre empieza por silencios y reticencias. Al menos al principio, la situación de entrevista es una situación de comunicación artificial, inédita. Imagínese que al salir de la cama se encontraran con un desconocido que pretende interrogarles, - entre la ducha y el desayuno -, sobre sus relaciones de pareja...

### Las historias de vida

Las historias de vida son una importante fuente de datos para la etnografía. Surgen de lo que una persona cuenta a cerca de su recorrido personal. Solo en pocas ocasiones, se intentará restituir el conjunto del relato de la vivencia de una persona que creemos ser representativa o ejemplar de un sector social o de una época. Estas biografías, que suponen un largo trabajo con una sola persona, pueden desembocar en testimonios como el famoso "Si me permiten hablar" de Domitila Chungara y Moema Viezzer (1977).<sup>13</sup> Generalmente, las historias de vida complementan otro tipo de datos y se focalizan en un aspecto particular de la vida de la persona entrevistada; por ejemplo, la trayectoria que le llevó a ingresar a una actividad, a ocupar un cargo, su recorrido amoroso o la manera en que vivió un evento. Aunque no sean precisamente "historias de vida", se puede citar también las llamadas "trayectorias del enfermo", que al reconstruir las prácticas e interpretaciones en torno a un evento patológico, permiten analizar cómo se articulan entre sí, desde la experiencia de las y los pacientes, los diferentes recursos y actores médicos (medicina casera, alopática, curanderismo, Iglesias, etc.).

Como lo indica el término "historia", las historias de vida introducen una dimensión diacrónica (histórica) y narrativa. Su primer objetivo es el de entender lógicas de acción (cómo uno o una se vuelve lo que es, está dónde está y piensa cómo piensa) a través de las trayectorias individuales.

13 VIEZZER, M., 1997. *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, Ed. Siglo XXI, México.

Esta perspectiva puede ser particularmente interesante para completar análisis sobre procesos sociales, tales como: la migración, el desempeño profesional, las carreras políticas, la adhesión a una religión, etc. Las historias de vida permiten, también, ver cómo se articulan los diferentes dominios de la experiencia en la vivencia de las personas. Escuchar a alguien relatar su trayectoria profesional, puede sacar a la luz el impacto de las diferentes posiciones, asignaciones y responsabilidades que atravesó (según si es hombre o mujer) desde su infancia. Igualmente, las historias de vida pueden ser de gran ayuda a la hora de empezar un nuevo trabajo de campo, porque ofrecen un acercamiento exploratorio global al objeto de estudio que respeta las lógicas de las personas que entrevistamos y crea intimidad.

No se puede deducir lógicas sociales de una sola historia de vida. Para entender un proceso, es necesario estar atento a las recurrencias y divergencias existentes entre varios relatos. Eso supone, entrevistar a personas cuyas trayectorias sean comparables en razón de su situación (madre soltera de tal clase social, licenciado de tal profesión, emigrantes de tal comunidad, etc.), de su actividad (dirigentes, panaderos, etc.) y/o compromisos y proyectos. También hay que tomar en cuenta que lo que cuenta una persona de ella, no necesariamente corresponde con una realidad objetiva, sino que es la imagen que, consciente o inconscientemente quiere construir y proyectar de sí misma. Por esto último, hay quienes prefieren hablar de **relatos de vida**, poniendo el énfasis en el trabajo de reconstrucción de su biografía por parte del sujeto.

## La historia oral

Se entiende por "historia oral", la manera en la cual las personas recuerdan algún episodio o proceso del pasado. Al igual que las historias de vida, expresan sobretodo la manera en la cual las personas se representan y evalúan hoy el pasado. El relato siempre ocurre en un contexto presente, en función del cual la memoria selecciona y reinterpreta los "hechos" del pasado en función de la posición del narrador o narradora. Un ejemplo claro de esto, es cómo la narrativa histórica de muchos de los grupos étnicos bolivianos se ha reformulado y resignificado en un contexto de luchas reivindicativas, otorgando al relato histórico un papel de recurso político estratégico.

Dos tipos de pasado pueden ser abordados gracias a la historia oral. El primero, trata de un tiempo cercano que rescata un pasado desde actores sociales que muchas veces han sido postergados y postergadas por la historia oficial (los llamados subalternos, gente ordinaria, clases populares, indígenas, mujeres, etc.). Este objetivo, así como el de asentar las reivindicaciones indígenas y de romper las asimetrías entre actores sociales e historiadores oficiales, fue planteado desde principios de los años 80, en Bolivia, por el Taller de Historia Oral Andina en su trabajo sobre las rebeliones previas a la Revolución de 1952 y el movimiento de los Caciques Apoderados.<sup>14</sup> Cuando la persona entrevistada ha presenciado los eventos relatados, la historia oral se confunde en parte con los relatos de las historias de vida. Cuando se trata, en cambio, de un pasado más remoto, tal como el de los relatos sobre los incas, los españoles, o la fundación de un pueblo, los elementos históricos y míticos pueden estar estrechamente ligados entre sí. Pero incluso los eventos que pueden aparentar ser totalmente fantásticos, tales como la aparición de los santos católicos o la vida social de los cerros personificados, pueden traducir, en lenguaje mítico, procesos históricos concretos. No se trata entonces, de descalificar la historia oral como un mero cuento por su alejamiento de la versión de la historia oficial (que tampoco está exenta de juicios subjetivos e ideológicos), sino analizar lo que dice la historia oral sobre el presente.

### ¿Cómo hablar?

Siempre es posible pedir la ayuda de alguien que conoce el idioma de los sujetos de nuestra investigación, si nuestro manejo del mismo es insuficiente. Sin embargo, es mucho más provechoso poder conversar directamente con la gente sin este filtro, antes que correr el riesgo de que un traductor acabe decidiendo, en nuestro lugar, lo que es relevante o no. Aun cuando las personas entrevistadas sean multilingües, los relatos en los que los modos expresivos desempeñan un papel importante y suelen

---

14 Taller de Historia Oral Andina, 1984. *El indio Santos Marka T'ula cacique principal de los ayllus de Callapa, apoderado general de las comunidades de la República*, THOA La Paz.

expresarse en un idioma que no es el castellano, - tales como mitos, historia oral, sueños, etc. -, deberán ser recogidos en la lengua en la cual fueron elaborados, para no limitarnos a registrar una versión empobrecida.

Comprender un idioma no se limita a manejar su vocabulario, su sintaxis y su gramática. Es necesario entender sus usos y sus lógicas. Incluso dentro de un mismo idioma, una palabra no tiene igual sentido para todos los individuos. Así, hablar de "dignidad" o de "machismo", no significa lo mismo a oídos de una consultora de un programa de lucha contra la pobreza, que a los de una persona que se prostituye. Preguntar a una trabajadora si se siente explotada, no tiene mucho sentido si no se le pide aclarar qué es lo entiende "explotación". Para ella, quizás sea más significativo no poder llevar a su hijo al trabajo (para que le ayude o para cuidar de él), que cuestiones relativas a ingresos. Comprender lo que las personas pueden entender y vivir como "explotación", no se logrará pidiéndoles que se pongan en el lugar del diccionario, sino indagando en qué situaciones y por qué razones concretas se han sentido explotadas. Otro ejemplo: cuando se pregunta a los mineros de Potosí qué enfermedades padecen, ellos contestan citando la silicosis, la tuberculosis y los reumatismos; o sea que, solo refieren el término "enfermedad" a las patologías reconocidas por la medicina académica. Sin embargo, ni bien se abordan las deidades de la mina, aparecen otras patologías: los mineros mencionan la necesidad de mantener buenas relaciones con ellas, a través del rito, so pena de enfermarse. Dicen tal entidad "*ha hecho enfermar*" a fulano. Los mineros distinguen, entonces, las interacciones patógenas con las deidades de la mina que necesitan de la intervención de un curandero o una curandera, de las "enfermedades" meramente orgánicas que se tratan en los hospitales. En nuestros escritos, podemos emplear conceptos y categorías con otro sentido que el que le dan nuestros interlocutores e nuestras interlocutoras, siempre y cuando se aclare y analice esta diferencia (ver Recuadro 16).



**“Este debe ser el trono de alguna autoridad”**

Contextualizar el uso cultural de las maneras de hablar, no lo es todo, sino también el peso o importancia de la posición social particular del individuo que tenemos al frente; por ejemplo, su edad. Como remarca Alison Spedding<sup>15</sup> (2006:143): cuando un anciano dice *“ahora hay menos producción”*, no siempre indica que los suelos han perdido fertilidad, puede significar que la persona que habla ya no puede trabajar mucho, y por lo tanto, no tiene la misma productividad que en su juventud. Por lo cual, la afirmación según la cual la producción es *“menor que antes”*, tiene que entenderse considerando su posición en el ciclo de vida, y no como una generalidad.

El buen uso de la lengua supone, también, comprender las reglas que rigen la comunicación dentro del grupo social que se investiga. Reconocer las jerarquías y normas de cortesía (con quién se habla primero y cómo)

15 SPEDDING, Alison, 2006. “Metodologías cualitativas: ingreso al trabajo de campo y de recolección de datos”. En: M. Yapu (ed.) *Pautas metodológicas para investigaciones cualitativas y cuantitativa en ciencias sociales y humanas*, pp. 119-196, U-PIEB, La Paz.

para atenerse a ellas, o voluntariamente obviarlas (demostrando, por ejemplo, igual o más interés por la palabra del paciente que por la del médico); evaluar los momentos en los que hay que hablar y en los que hay que callarse y formular de manera educada sus pedidos, son aprendizajes necesarios antes de lanzarse al trabajo de campo. La manera en que manejamos los códigos de la comunicación es decisiva para negociar nuestro lugar en el terreno. Así, en un debate sobre “salud”, nuestra posición y nuestras alianzas, serán radicalmente distintas si nos dirigimos en primer lugar a un dirigente, a un miembro de la comunidad o a la médica del consultorio.

La manera en la que formulamos nuestras preguntas, es igualmente decisiva en los resultados que obtendremos. Hacerse entender significa, en primer lugar, usar el lenguaje de lo cotidiano. Es mejor preguntar “¿Hasta qué curso ha estudiado?” en vez de decir “¿Cuál es su nivel educativo?”. Por otro lado, la experiencia enseña que es más fácil llevar a la gente a hablar de sus vivencias concretas, que pedirles un discurso general. Construir el nivel de la abstracción y de la generalización, es tarea de la investigadora o el investigador y no de los individuos que le brindan información (ver Recuadro 16). Siempre será más provechoso preguntar “de qué” se han enfermado la persona entrevistada y sus parientes, que pedirle la lista de las enfermedades que existen en su comunidad. Además, las categorías del mundo académico, no siempre han sido previamente elaboradas como discurso construido por los grupos sociales estudiados. Así, por ejemplo, la división del mundo en tres *pachas* (arriba, abajo y el mundo de los humanos) no existe en sí, - como un dogma enunciado -, entre las comunidades campesinas de los Andes; salvo que hayan leído a la literatura antropológica, lo cual es, de hecho, cada vez más frecuente. La cosmovisión se revela más bien de manera fortuita y coyuntural, en un rezo, en un relato mítico, en la atribución de una identidad a un santo o a un diablo, etc. En este sentido, pedirles directamente a los individuos que entrevistamos que nos expliquen “las tres pachas” (como un teólogo cristiano hablaría del paraíso y del infierno), no nos llevara muy lejos.

El método etnográfico no es un conjunto de encuestas de opinión. Por ende, es necesario formular preguntas lo más abiertamente posible, evitando inducir respuestas y acorralar a la persona entrevistada, en lacónicos “sí” o “no” (ver Recuadro 13). En este sentido, es preferible pedir a alguien que nos explique cómo se siente frente a una situación

dada, en vez de preguntarle si se siente “bien” o “mal”. Finalmente ¿qué quiere decir “bien” y “mal”? En el mismo sentido, cuando queremos profundizar lo que nos cuentan, es mejor retomar las palabras propias de los individuos entrevistados, en vez de imponerles nuestras formulaciones y conclusiones. Si alguien nos acaba de decir que la fiesta que prefiere es el carnaval, es preferible continuar el dialogo diciendo: “¿Usted dijo que el carnaval es la fiesta que más le gusta?” y no “¿Así que el carnaval es la mejor fiesta?”.

Muchas veces, y hasta entender cómo encontrarle la vuelta al asunto, nuestras preguntas sobre la razón por la cual la gente actúa de cierta manera, solo obtendrán respuestas evasivas tales como: “*Así siempre he hecho* (o hicieron mis padres)”, “*es la costumbre pues*”, o directamente “*no sé*”. De allí la idea de que la gente hace las cosas sin saber por qué, cuando el problema es más bien la accesibilidad de sus motivos para quienes investigamos. Una pequeña táctica para salir del círculo vicioso del “*no sé*”, consiste en invertir el sentido de la pregunta, o sea, ya no preguntar por qué las cosas se hacen de tal o cual manera, sino qué pasaría si se hicieran de forma diferente. Por ejemplo, si ningún minero nos puede explicar por qué no se le pone sal a la carne de las llamas sacrificadas para la mina, podemos preguntar ¿qué pasaría si les echamos sal? Recién, quizás, se nos responderá que la sal ahuyenta a los diablos, entre ellos al Tío, que escaparía con los metales en vez de recibir el sacrificio. Con este gesto, los mineros actualizan, a su manera y sin cristalizarla en discursos, la simbología católica de la sal como médium del exorcismo del bautizo.

Debatir comparativamente sobre las prácticas de otro grupo social (empezando por las nuestras), puede también permitir a nuestros interlocutores e interlocutoras aclarar, por contraste, sus propias lógicas. Recordemos que fue al escuchar a los Aché decir que los blancos como él “iban a morir asaltados por condenados” ya que no practican el canibalismo, que Pierre Clastres entendió que comerse a los difuntos era una manera de neutralizar el espíritu de los muertos (ver Recuadro 9).

Finalmente, no basta con lograr hacer buenas preguntas, en el lugar y momento pertinentes, para obtener respuestas válidas. No porque nos pretendamos profesionales de la etnografía, la gente tiene necesariamente que contarnos todo. Aceptemos que puede ser más urgente ir a trabajar, que explicar a una investigadora curiosa por qué la sal ahuyenta los diablos o por qué uno se divorció.



“¿Puede apurarse con el ritual?  
Tengo que mandar mi informe esta noche”.

### **Recuadro 13. Lo que no hay que hacer en una entrevista...**

...se muestra en este video: <https://www.youtube.com/watch?v=MIWiPuH4m2E>



Este video fue creado y puesto en línea por I-TECH, una organización que forma trabajadores y trabajadoras en salud en todo el mundo. En la filmación, una encuestadora entrevista a una enfermera sobre su participación a un taller sobre salud, a modo de recoger sus impresiones, evalúa el impacto de la formación y recoge información para mejorar la capacitación. Se trata de una entrevista semi-estructurada: existen preguntas pre-establecidas, pero la entrevistadora tiene la libertad de reformularlas, cambiar el orden, añadir nuevas preguntas para precisar la información o debatir sobre aspectos mencionados por su interlocutora que no fueron contemplados por el cuestionario previo.

De forma intencional, la entrevistadora comete un montón de errores que perjudican la entrevista y perturban a la entrevistada ¿Pueden identificarlos mientras miran el video? A continuación, presentamos algunos que hemos identificados, pero... ¡Hay más, muchos más!

### - Asaltar y maltratar a su interlocutora

La entrevistadora no logra establecer una buena interlocución con su entrevistada. Al principio del video, apenas toma asiento y ya empieza a disparar sus preguntas. Está tan obsesionada por cumplir con su guión, que no le da tiempo a la entrevistada de saludar, ni de instalarse en la conversación: la bombardea con preguntas, sin dejarle espacio para pensar. Tampoco presta mucha atención a las respuestas y a las reacciones de su interlocutora. La mayoría de las veces, ni siquiera la mira mientras ésta responde. Peor aún, a partir del minuto 1'25, mientras la entrevistada se explaya sobre una información importante e inesperada sobre la importancia de las historias sexuales, la entrevistadora se distrae mirando su celular, lo que le obliga a pedir repetición de la respuesta. Sin embargo, la información ya se perdió en el camino: la entrevistada no repite su primera respuesta, sino que cambia de tema hablando de la confidencialidad. Este ejemplo, demuestra lo importante que hubiera sido que la entrevistadora retomara y profundizara sobre esta información con un "¿qué más aprendiste en el taller?", en vez de conformarse con una respuesta única. Pero la entrevistadora, de hecho, jamás intenta indagar más sobre lo que le cuenta su interlocutora.

Otra vez, en el minuto 4'25, la entrevistadora vuelve a distraerse con su celular, mira su reloj, pone cara de aburrida y se olvida totalmente de tomar notas. Ha cumplido con su horario, aunque no con la meta: ¡Dudamos que los datos recogidos permitirán mejorar la capacitación!

## -“Sí”, “No”...

### Una entrevista cualitativa no es una encuesta de opinión

Salvo para obtener datos puntuales (¿Sabe conducir?, ¿Entiende inglés?), la entrevista cualitativa busca entender las lógicas de la experiencia de las personas entrevistadas, por lo cual evita encerrar sus respuestas en “sí” o “no”. En el segundo '32, cuando la entrevistadora pregunta a la enfermera “¿Te ha gustado el taller?”, le obliga elegir su respuesta entre “sí” o “no”, cuando lo más probable es que algunas cosas le hayan gustado mientras otras no. Al no haberle preguntado siquiera “¿Por qué le gustó el taller?”, nunca sabremos si fue por el contenido de la formación, por el refrigerio, el certificado, o porque le dieron el día libre en su trabajo. Además, es probable que sabiendo que la entrevistadora es empleada de los auspiciantes del taller, la enfermera no se anime de inmediato a extender su opinión sobre lo que no le gustó.

La siguiente pregunta, cae en el mismo error. Al preguntarle a la enfermera si el taller le ha gustado “un poco, más o menos, o mucho”, la entrevistadora no le posibilita explicar a qué se refiere esta evaluación: ¿Qué cosas en particular le gustaron? ¿En relación a qué? ¿A sus expectativas? ¿A otro curso? Hubiera sido más provechoso formular una pregunta abierta, del tipo “¿Que te ha parecido el taller?”, dejando fluir las apreciaciones - tanto positivas, como negativas - sobre todos los aspectos (la organización, el contenido de la formación, etc.) y profundizar sobre los aspectos más relevantes en función la meta de la investigación.

### - No respetar el desarrollo lógico del pensamiento de la persona entrevistada

En el segundo '51, la entrevistadora pide dar un ejemplo (¡como si solo hubiera uno!), de lo que ha aprendido en el taller. Anteriormente, ya le había preguntado si había aprendido algo en el taller. El problema es que, entre ambas preguntas,

se encontraba otra que no tenía nada que ver: saber “si la enfermera recomendaría este taller a un amigo”. En vez de cambiar el orden de las preguntas en función del desarrollo lógico de la conversación, la entrevistadora siguió, a ciegas, su guion incoherente.

### **- Hablar en lugar de su interlocutora e inducir sus respuestas**

Varias veces durante la entrevista, la entrevistadora no le da tiempo a su interlocutora de contestar. Ante cualquier silencio pierde la paciencia y empieza a enumerar posibles respuestas. Si la entrevistadora piensa que ya sabe de antemano lo que va a contestar la enfermera ¿por qué hacerle perder tiempo?, mejor podría llenar ella misma el cuestionario. Al inducir las respuestas, impide el surgimiento de algo inesperado. La entrevista no debe estar orientada a confirmar nuestros preconceptos, poniendo en boca de las personas entrevistadas lo que ya presuponemos. Si nuestro interlocutor o interlocutora tardan en contestar, quizás, estén pensando. Puede ser, también, que no entendió nuestra pregunta, por lo cual hay que reformularla, como pregunta, no como respuesta.

El video pone en escena los malentendidos que pueden surgir debido a la inducción de las respuestas. En el minuto 2'40, la entrevistadora enumera los posibles cambios que el taller haya podido producir en la práctica profesional posterior de la enfermera, desestimando la posibilidad de que el taller no haya conllevado ninguno. ¡Sí o sí, algo tiene que haber cambiado! Frente a este mandato, se puede percibir que la entrevistada teme decepcionar a la entrevistadora, y repite una de las respuestas que le fueron leídas, diciendo que sus pacientes deben sentir que ella es más empática luego del taller. Sin embargo, cuando más adelante la entrevistadora repite casi la misma pregunta, pero sin enumerar las posibles respuestas, (minuto 3'16), la enfermera duda en contestar. La entrevistadora no logra ocultar su ira e interpreta la actitud de la enfermera como una contradicción (3'27). Ni se da cuenta de que fue ella, con sus insinuaciones, y no la enfermera quien contestó

en primera instancia que el taller cambió algo en la práctica profesional de esta última. Al sentirse agredida y juzgada, la enfermera empieza a justificarse diciendo que siempre ha hecho bien su trabajo, ¡la entrevista se ha transformado en una tensa audiencia judicial! Pero una entrevista no es un examen donde hay buenas y malas respuestas. Incluso las contradicciones, si las hay, no son errores sino que revelan cómo se construye el pensamiento al hablar. No obstante, a lo largo de la entrevista, la enfermera siente que puede alegrar o decepcionar a la entrevistadora. ¡Termina más pendiente de complacerla, que de contar su experiencia!

**Allí van las mismas dos mujeres, pero en una dinámica mucho más relajada y fructífera.**

<https://www.youtube.com/watch?v=IBQj3bMYPWU>



Este video no tiene subtítulos en español. Pero, incluso los que no están familiarizados con el inglés, entenderán los cambios respecto de la primera entrevista. Aquí, la entrevistadora no se obsesiona con su guión, respeta los silencios de su interlocutora, la deja pensar, explayarse, acoge todas las respuestas con interés, pide precisiones haciendo nuevas preguntas en función de las respuestas de la enfermera y, cuando la reorienta, siempre lo hace de manera cortés.

## **LAS OBSERVACIONES Y LA OBSERVACIÓN “PARTICIPANTE”**

*¡Pretender entender el funcionamiento de una sociedad solo en base a entrevistas, sería como pretender entender las relaciones sociales a través del código civil, la religión católica a través de la Biblia, o cómo manejan las personas a través del código de tránsito!*

La observación es, junto con las entrevistas, la principal fuente de datos etnográficos. Ésta, permite complementar el conocimiento adquirido a través del discurso y medir las **diferencias entre lo que se dice y lo que se hace**. La observación de un ritual o de una reunión, siempre nos enseñará otras cosas que lo que el conjunto de sus participantes nos puedan relatar. Lo que es relevante para nosotros, quizás no lo sea para ellos y ellas. Sabemos además, que nuestra posición como investigador o investigadora, y las expectativas que se tengan sobre lo que nos pueda o no interesar, orientarán lo que se nos cuente.

Las diferencias y contradicciones entre lo que se dice y lo que se hace, remiten a la brecha entre, por un lado, el funcionamiento real de la sociedad y por otro, el enunciado prescriptivo de su funcionamiento ideal (el cómo las cosas deberían ser). En este sentido, el ejemplo del Recuadro 14, muestra cómo la observación revela que cuando las maestras dicen hacer respetar “la disciplina” en sus aulas, la consigna se concreta de manera muy distinta según se trate de alumnos o de alumnas. A su vez, el ejemplo del Recuadro 17, interroga y devela las contradicciones entre lo que se cuenta sobre la mala suerte que traen las mujeres al interior de las minas y su trabajo en los socavones. No se trata, sin embargo, de otorgar más veracidad a lo que vemos que a lo que escuchamos, sino de interrogar la diferencia entre ambos aspectos y lo que informa acerca de cómo las y los habitantes de nuestro terreno, representan el funcionamiento de su vida social.

A la hora de observar, es imprescindible interesarse por todo: ¿Quién hace qué?, ¿Cómo? ¿Qué se dice?, pero también ¿Quién no está, no participa, no habla? Todo es relevante, aun lo aparentemente trivial: ¿De qué bolsillo sale el dinero cuando la familia quiere una gaseosa?, ¿Quién decidió comprarla? Estas observaciones aportan al entendimiento de las relaciones y decisiones económicas dentro de la familia, más allá de los discursos convencionales tales como “*Yo mantengo a mi familia*” o “*Mi esposa es la que decide todo*”. Igualmente, prestar atención a quién toma primero la palabra para contestar al investigador o investigadora, favorece el entendimiento de las jerarquías y las relaciones de poder entre los y las presentes. Por supuesto, no todo se puede, ni se debe, observar ¡No hace falta presenciar una golpiza, para entender el surgimiento de la violencia!

Así describía, en los años 1950, el antropólogo Levi-Strauss a su regreso de la selva amazónica brasileña, esta permanente y minuciosa atención a todos los hechos y dichos de la vida cotidiana del grupo social estudiado:

*Hay que levantarse con el día, quedarse despierto hasta que el último indígena se haya dormido, y a veces aun espiar su sueño. Intentar pasar desapercibido estando siempre presente. Ver todo, acordarse de todo, anotar todo. Demostrar una indiscreción humillante, mendigar informaciones de un niño mocososo, estar siempre listo para aprovechar un momento de complacencia donde dejarse ir, o saber durante días callar toda curiosidad y quedarse en la reserva que impone el mal humor de la tribu.*

*Tristes Trópicos, Paidós, 1987 [1955 : 405]*

### **La observación participante**

En el contexto etnográfico, se suele añadir el adjetivo “participante” a la observación como herramienta metodológica. Hablar de observación participante, remite a la posición particular de quien investiga en cuanto observador u observadora, pero también como actor social. Que el investigador o la investigadora sea también actor, no se refiere únicamente a las ocasiones en que pueda compartir las actividades del grupo social estudiado, sino a que, durante el trabajo de campo, el grupo social estudiado siempre le va a involucrar en su funcionamiento (ver Capítulo 2, “¿Quién soy para mis interlocutores e interlocutoras? ¿Cuál es mi lugar entre ellos y ellas?” e “Implicación y reflexividad”). Aun cuando se esté en calidad de testigo, nuestra presencia modifica, - de manera más o menos perceptible y relevante -, el desarrollo de lo que se observa. Al igual que los discursos, la observación no está exenta de manipulación por parte de quienes observamos, tampoco de nuestros preconceptos. Por todo lo dicho, la observación no es ni más ni menos neutra ni verídica, que la información obtenida a través de las entrevistas. Quien observa siempre es participe de aquello que observa y, en consecuencia, **la observación siempre es participante.**

El tomar parte activamente de ciertas actividades del grupo social de estudio tiene varias finalidades. Permite percibir, en carne propia, situaciones y experiencias difíciles de entender sólo a través de las narraciones; consolidar la convivencia y la relación y, porque no, dar una mano o responder a una solicitud de colaboración. Esta participación abarca actos tan diversos como compartir techo y comida, embriagarse durante un ritual, presenciar una reunión interminable, emplearse en la fábrica que se estudia o colaborar con las actividades pedagógicas en la escuela donde se investiga. Otras veces, observar silenciosamente, suele ser preferible a involucrarse donde nadie nos pidió nada. De hecho, son nuestros anfitriones y anfitrionas, quienes suelen proponernos cuándo y cómo participar. Siempre se pueden rechazar participaciones que pueden comprometer el desarrollo del trabajo de campo; por ejemplo, cuando estas nos asocian con individuos, familias, grupos de poder o instituciones que limitan nuestra interacción con las demás personas. Adherirse a los reclamos y proyectos políticos del grupo de estudio es una opción posible, siempre y cuando uno no sobrepase su estatus de agente externo, buscando posicionarse como “especialista” e imponiendo su autoridad de profesional en las estrategias del grupo estudiado.

Sería ilusorio pensar que la participación del investigador o de la investigadora en la vida del grupo social estudiado, pueda disolver su presencia y transformarle en uno o una más. Quien investiga sigue siendo alguien “de afuera”, incluso cuando sea miembro de este grupo social. Su papel y su posición como etnógrafo o etnógrafa, le distancia del funcionamiento “normal” de la sociedad.

#### **Recuadro 14. Disciplina y expectativas de género**

##### **Observación y desafíos al sentido común**

La disciplina en la escuela, es una de esas nociones dadas por sentado. La disciplina “*es lo que es*”; “*que se porten bien en clase*”; “*que hagan caso a la maestra*”; “*la disciplina es obviamente buena y necesaria ¿quién pensaría lo contrario?*”; esto es lo que saldrá en primera instancia en cualquier entrevista. Mi inquietud sobre el tema surgió en el contexto de mi visita de observación en un aula de una escuela

primaria (en una ciudad de Argentina) en la que tenía la tarea, como estudiante, de practicar la realización de registros de observación etnográfica teniendo como tema general de investigación las prácticas de control social.

En la primera clase a la que asistí, el ruido permanente, taladrante, de la charla entre alumnos y alumnas, interrumpido cada varios minutos por la maestra pidiendo a gritos a sus estudiantes, uno a una, por sus nombres, que se callaran, me dejó perpleja. Así discurría gran parte de las clases, entre gritos de aquí y allá. Traspasada por esta sensación general realicé entrevistas a las docentes del grado. Frente a mi pregunta de ¿qué problemas enfrentaban como docentes?, apareció de inmediato la alusión a aquella situación que yo había percibido, en sus palabras, los alumnos “hablan en clase”; “no hacen caso”; “pelean entre compañeros”; “no ponen atención”, “son desordenados”, etc. Este conjunto de “hechos” fueron categorizados por ellas, en forma unánime, como “indisciplina” (categoría emic), pero fue una afirmación adicional la que realmente me inquietó: “las chicas son las más indisciplinadas”. Fue entonces, que quise indagar sobre esta categoría un tanto amorfa de “disciplina” y verla en escena, encontrar sus matices. Afiné mi trabajo en esa dirección.

Mis registros procuraban ser detallados en el aula y los recreos entre los estudiantes: ¿Quién hablaba o discutía? ¿Con quién lo hacía? ¿Quién comenzaba la interacción? ¿Frente a quiénes y a qué tipo de interacciones reaccionaban las docentes? ¿En qué tono, con qué contenidos? Las definiciones de las docentes de la mayor indisciplina de las niñas no condecían con mis observaciones en el aula, de hecho todo lo contrario. Bajo mi percepción, todo aquello que en las entrevistas las docentes definían como conductas de “indisciplina” resultaba sensiblemente más recurrente por parte de los niños que de las niñas. Sin embargo, las mismas conductas eran más reprimidas y castigadas en las niñas que en los niños, fuera cual fuera la situación. En conclusión, lo que desde las maestras se definía como conducta “indisciplinada” de las niñas no coincidía con lo que se sancionaba como “indisciplina” para los niños ¿Pero por qué?

En la medida en que avanzaba en mis observaciones y realizaba nuevas entrevistas la cuestión se iba resolviendo: la represión de las mismas conductas de indisciplina en niñas y menos en niños, se ajustaba a las expectativas que las docentes tenían sobre el comportamiento, correcto, adecuado y permitido para unas y otros: los roles de género tradicionales. Así, en el microcosmos del aula, se construían las desigualdades de género a través de prácticas disciplinarias escolares.

Claudia Hernández Soriano

### ¿GRABAR? ¿FILMAR? ¿FOTOGRAFIAR?

El uso de una grabadora puede ser de gran ayuda para analizar detalladamente discursos escuchados en el terreno, más aún cuando sus contenidos y sus modos expresivos necesitan una transcripción literal para el análisis (una historia de vida, un cuento, un canto, un sueño, etc.). Transcribir una entrevista grabada permite prestar especial atención a las palabras usadas, la manera con la cual surgen las ideas y los recuerdos, los temas que entusiasman y los que incomodan, los silencios y las ausencias, etc. Es importante también transcribir las preguntas que orientaron la discusión a modo de reflexionar, retrospectivamente, sobre su impacto en la información. Sin embargo, salvo que uno se asuma como periodista de crónica roja, el uso de la grabadora supone el acuerdo previo de los individuos entrevistados. Una vez aceptada, tampoco se trata de "disparar" con su grabadora, - tampoco con su lápiz -, sino de esperar que se relaje la comunicación. La presencia de la grabadora puede inhibir las confidencias o provocar un discurso oficial, transformando la entrevista en una rueda de prensa. Por ende, se debe evaluar cuánto se gana y cuánto se pierde con su uso en calidad de información. En todo caso, es mejor tener el coraje de apagar su grabadora o dejarla en su bolso porque no hay confianza suficiente, antes que intentar una grabación pirata.

Las fotografías y filmaciones son otros soportes interesantes del trabajo de campo. Permiten identificar retrospectivamente acciones, repartición de tareas, protagonismos, etc., que escaparon al registro durante las observaciones. Visualizar *a posteriori* las imágenes de un ritual con sus participantes, es una buena ocasión para recoger datos complementarios sobre su desarrollo y las relaciones entre los y las presentes: ¿Quién es quién?, ¿Quién hace qué y por qué?, etc. Al igual que la grabación, la aceptación de la cámara varía según las personas y los contextos, y es igualmente contra producido no respetar el deseo de una persona de no ser fotografiada o filmada. Aunque con los celulares, la grabación de imágenes se haya democratizado, nuestros anfitriones y anfitrionas pueden esperar que compartamos con ellos nuestros registros visuales, haciendo tirajes en papel o editando nuestras filmaciones. La transcripción de una historia de vida puede ser igualmente un material valioso para las personas entrevistadas.

Solicitar que nuestras interlocutoras e interlocutores dibujen un mapa para entender su percepción de su entorno, su territorio, o un cuerpo humano para visualizar sus representaciones localizadas de las enfermedades, brinda también datos interesantes. Sin entrar en una lógica museológica, se pueden traer del terreno algunos materiales para su estudio; tales como plantas si se trabaja sobre medicina tradicional. Por supuesto, estos materiales no deben ser irremplazables; sería totalmente desubicado llevarse, aun comprándolo a buen precio, este tejido o este *qeru* que tanto nos ayudó para entender la ritualidad de nuestra comunidad de estudio.

# 4 EL REGISTRO ESCRITO

## LA SISTEMATIZACIÓN DE LOS DATOS DE CAMPO

*El problema central de la investigación etnográfica es qué hacer con el enorme acervo de notas, registros, transcripciones y materiales que resultan del trabajo de campo. De hecho se tiende a pensar en la etnografía solo como el trabajo de campo, olvidando que se define centralmente por la producción de un determinado tipo de texto, una descripción etnográfica, producto de un proceso analítico.*

Elsie Rockwell, (2009:64)<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> ROCKWELL, Elsie, 2009. *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*, Paidós, Buenos Aires.

Por análisis debe entenderse la articulación entre la interpretación del investigador o investigadora y los datos empíricos. Esto se produce de un modo particular bajo el enfoque metodológico etnográfico en tanto que, como vimos anteriormente, la construcción del objeto de estudio, del marco teórico y la recolección de datos, no son momentos aparte dentro del método etnográfico. Se trata más bien de una elaboración progresiva y en gran medida conjunta. Dicho esto, de acuerdo con el objetivo de este manual, no desarrollaremos la etapa en la que la escritura puede volverse una tesis o un artículo científico. Presentaremos aquí dos modalidades previas de registros escritos que median el paso entre el trabajo de campo y el informe final: el diario de campo y las descripciones analíticas o interpretativas.

*Construir narrativamente lo que se va presentando de manera desordenada y abrumadora en el trabajo de campo, es un esfuerzo intelectual que, por un lado, soporta el cometido de articular en el lenguaje escrito una experiencia desarrollada en las dimensiones espacial y temporal, corporal e intelectual, emotiva y fantástica. Por otro, como expresión escrita, permite elaborar una síntesis de las experiencias vividas para ser comunicadas"*

Bruner (1986), en: Brigida Renoldi (2008:30)<sup>17</sup>

## EL DIARIO DE CAMPO

El "diario de campo" o "cuaderno de terreno", es el más fiel compañero del etnógrafo y de la etnógrafa. Allí suele anotar lo que la gente le da a escuchar y a ver, así como sus propias reflexiones y sentimientos, casi al estilo de un diario íntimo. Describe el día a día de la investigación: tiempos, lugares, personas, eventos, anécdotas, gestos, colores, posiciones, etc. Cuando se puede, las notas son tomadas *in situ*, otras veces, se aprovechará el primer momento de tranquilidad para transcribir

---

17 RENOLDI, Brígida, 2008. *Narcotráfico y Justicia en Argentina: la autoridad de lo escrito en el juicio oral*. Serie Etnográfica, Antropofagia, Buenos Aires.

lo que no pudo ser registrado sobre la marcha. El cuaderno puede incluir gráficos o dibujos (por ejemplo, dónde se sentó la gente en la asamblea, cómo estaba orientada la mesa ritual en relación con el entorno). Estas descripciones serán particularmente útiles para recordar el contexto de la investigación y presentar el universo de estudio a nuestros lectores y lectoras.

Recordemos que la etimología de la palabra “etnografía” remite al proyecto histórico de escribir sobre etnias en su momento desconocidas para el mundo de afuera, y por ende describir y recrear a través de la escritura, de forma vívida, el modo de vida de esas poblaciones. En su trayecto, el método ha conservado esa vocación de restituir la riqueza de los discursos y prácticas de los actores sociales, de manera concreta, contextualizada y holística. De hecho, los escritos finales de la investigación etnográfica suelen presentar descripciones pormenorizadas de situaciones observadas, además de innumerables citas de las entrevistas que ilustran los análisis sobre nuestro problema de investigación.

Nuestro diario de campo, especialmente al principio, abundará en detalles de situaciones que a primera vista pueden resultarnos no muy relevantes, pero que podrían tornarse valiosos mientras surjan nuevas claves de interpretación. Retrospectivamente, nuestras primeras impresiones medirán además el recorrido desde los primeros pasos en el terreno hasta la culminación de la investigación. Las cosas que nos sorprendieron al principio se volverán familiares y hasta invisibles, sin embargo no dejarán de ser pertinentes para el análisis.

En este diario de campo es importante anotar información que no saldrá de la transcripción y del procesamiento de las entrevistas grabadas: ¿Adónde se llevó a cabo la entrevista? ¿Fue fácil obtenerla? ¿Quién es la persona que nos habló? ¿Qué lugar ocupa en la sociedad? ¿Hay temas que no quiso debatir? Los más relevantes de estos datos, tienen que aparecer en el texto final del estudio para contextualizar y presentar la representatividad de la palabra recibida, sobre todo cuando se insertan fragmentos de entrevistas. Esos fragmentos deben indicar la fecha y el lugar de la entrevista, así como datos relevantes para entender la posición desde la cual las personas entrevistadas se expresan. Generalmente, se

requiere su edad y su actividad, así como parámetros que aclaran su posición en relación al tema debatido; así, puede ser importante aclarar si nuestro interlocutor habla desde su posición de autoridad, de usuario, de militante, de trabajador por cuenta propia, de padre de familia, etc. La decisión de citar el apellido y/o nombre de la persona entrevistada, o bien conservar su anonimato, se debe tomar conjuntamente y teniendo en cuenta las consecuencias de una y otra opción. Sobre este punto volveremos más adelante.

Las notas tomadas en campo, muchas veces dispersas y escritas a la carrera, deben ser pasadas "en limpio" lo más pronto posible. Los vacíos de estas notas que hoy nos parecen claras, y todos los demás detalles que retenemos en la memoria, probablemente se nos vayan borrando de la memoria en la medida en que transcurra el tiempo. Complementadas por la transcripción de las entrevistas grabadas y el material visual, esta versión limpia de las notas de campo, enriquecida con detalles de contexto, e incluso con ideas que se nos ocurrieron en la situación misma o en el momento de su escritura, constituirán la base sobre la que realizaremos nuestros análisis.

## **DESCRIPCIONES ANALÍTICAS E INTERPRETATIVAS**

Otro tipo de escritos que se irán produciendo a lo largo de la investigación son las llamadas "descripciones analíticas" (a veces llamadas "descripciones interpretativas"). Se trata de documentos de trabajo en los que, sobre la base de los registros de campo, se va avanzando en el análisis en base a ciertos ejes. La redacción de esta clase de documentos suele iniciarse después de cierto tiempo de inmersión en el campo. En ellos se van planteando relaciones provisionales entre los fenómenos tal y como los vamos clasificando; aventurando hipótesis; cuestionando explícitamente nuestros supuestos y sugiriendo nuevas categorías de análisis.

## Recuadro 15. La apropiación simbólica de “los suicidios de los jubilados”.

### Fragmentos de una descripción analítica

Luego de una “marcha”, realicé una descripción analítica de la que reproducimos aquí un fragmento. En un contexto de confrontación de los jubilados argentinos (rentistas) con el Estado, me focalicé en los mecanismos de construcción de su identidad a través del discurso público y del despliegue de símbolos que, a través de ciertas operaciones semánticas, polemizaban con las representaciones hegemónicas de la sociedad sobre “los jubilados” y la legitimidad de sus demandas. Entre agosto y noviembre de 1992 se hablaba en algunos medios de comunicación de una “Ola de suicidios de jubilados”. En esta marcha concreta, el “movimiento de los jubilados” (MJ de aquí en adelante) retomó discursivamente esta “ola de suicidios” para significarla como “parte del genocidio” que venían denunciando en sus marchas.

**16/09/92, Plaza de los dos Congresos, Buenos Aires**

### Transcripción

En este día el tema de los discursos y los símbolos desplegados, remitían permanentemente a los suicidios. Definición del hecho y su caracterización: “No es un suicidio, es un homicidio”; “Es un asesinato”; “(los suicidados) ...se matan por injusticia”; “... se matan por vergüenza (de lo que sucede en el país con los jubilados)” ¿Y quiénes son los responsables de este genocidio?: “(el gobierno) ...¡asesinos!”; “los funcionarios...¡homicidas!”; “(el ministro de economía, representado en un dibujo) ... genocida”. ¿Y cuál es el motivo de la marcha?: “Vamos a demostrarles que su muertes no ha sido en vano”; “Estamos acá para despedir a nuestros compañeros”; “Estamos acá para el funeral de nuestros compañeros suicidados”; “Queremos

vivir"; *"No somos números del Fondo Monetario Internacional ... queremos vivir como humanos"*

La apropiación en el plano discursivo se da a través de dos operaciones semánticas. La primera, señalar que los motivos que llevaron a estos jubilados a suicidarse son los mismos que llevan a los jubilados que participan de la movilización social a "luchar". La segunda, caracterizando la situación económica, social y psico-afectiva de los jubilados suicidados como:

- Idéntica a la de ellos.
- Resultado de las mismas causas.
- Amenaza para su vida en términos físicos y espirituales, aquellos que se suicidaron, y estos aún vivos que también tienen su vida amenazada.

Desde estas construcciones discursivas, la lucha por la "no impunidad de los suicidios" y porque "no sigan sucediendo", es la misma lucha por cambiar la "situación" de los "jubilados" a través de su lucha. Por otra parte los responsables de la situación que lleva a unos al suicidio y a otros a la lucha se presentan como idénticos:

<b>LOS SUICIDIOS SON:</b>	<b>LOS JUBILADOS DE SUICIDAN POR:</b>
Homicidios	Injusticia
Asesinatos	Hambre
Parte de un genocidio	Vergüenza/sensación de indignidad
LOS RESPONSABLES DE LOS SUICIDIOS SON:	DEBIDO A:
Menem (Presidente, por entonces, de la Argentina)	Su insensibilidad
El gobierno	Falta de respeto
Cavallo (ministro de economía)	Falta de consideración
Los funcionarios	Crueldad/Maldad
¿Todo el pueblo argentino?	Stalinismo/autoritarismo
	Desvergüenza

A su vez, las reivindicaciones del movimiento enuncian que:

SU LUCHA ES POR:	DEFINEN LA SITUACION DE LOS JUBILADOS COMO:
Por la vida	Sub-valorados por el gobierno
Contra el genocidio	Tratados como supositorio
Para vivir dignamente	Tratados como un número
Para vivir humanamente	Empujados a la indignidad
Contra la mentira	Hambreados

Se presenta todo un despliegue de símbolos y ritos que apuntan también a la impugnación y la apropiación de los "suicidios", como por ejemplo en el "funeral de los compañeros", realizado en ocasión de esta marcha.

**El ritual fúnebre:** El ritual comienza con la marcha, previo a ello algunos preparativos:

-La repartición de cintas negras y de colores patrios, celeste y blanco. El luto consiste en cintas negras atadas a los brazos junto con bandas con los colores de la bandera nacional. En los ápices de las banderas argentinas - que siempre están presentes en las marchas - también había cintas negras e incluso algunos las hacían pender de sus pancartas (un grupo del plenario las repartió antes de la marcha).

-Repartición de flores a los participantes.

-Despliegue de otras imágenes de la muerte:

- Pancartas que llevaban fotos de periódicos con los jubilados suicidados.
- Varias maquetas: una es una figura humana ahorcada, otra un hombre bajo las vías del tren, otra un ahorcado y otra un hombre al borde de un edificio.
- También hay una muñeca estrangulada, pendiendo de una pequeña horca, con un cartel con el nombre "Menem" pegado al pecho.

La marcha alrededor del Congreso se realizaría tras el anuncio del último orador, en absoluto silencio, mientras portaban en las manos en alto los claveles. Al terminar de rodear el Congreso, los espera una lápida de cartón con los nombres y edades de los jubilados suicidados, a cuyos pies hay una bandera argentina sobre la que arrojan los claveles. Mientras se sucede un desfile frente a la lápida, un orador a través del micrófono lee en voz alta el nombre de los "compañeros muertos". Durante 15 minutos, un grupo de aproximadamente cien jubilados queda en silencio alrededor de la "la tumba" llorando durante largo rato.

Aquí, en esta marcha, se verifica la puesta en escena de símbolos axiomáticos como, el luto y los símbolos patrios: "estamos de luto como argentinos" expresaban los marchistas Pero además, estos símbolos desplegados invocan su identificación con ciertos sectores sociales y su confrontación con algunos otros. Se ha llorado a los muertos, se los ha honrado con flores, se los ha apropiado: se los ha hecho "nuestros". Se ha expresado el carácter trágico de sus muertes a través de la manipulación de las imágenes, se han encontrado las causas y culpables. Si bien esta es la marcha más densamente ritualizada de las que he asistido, rituales y símbolos se encuentran presentes en todas las marchas.

Después del ritual fúnebre se observaron actitudes como:

- Tirar alimentos podridos o basura a los policías que participan en los dispositivos montados en las marchas. Se expresa así el repudio a su presencia en las marchas.
- En esta ocasión una agrupación de jubilados, conocidos dentro y fuera del movimiento como los más "violentos", enredó en las puertas laterales del Congreso unos papeles que luego prendieron con fuego. El Congreso no se incendió, el gesto tenía más bien el carácter de amenaza, pretendía ser metonímico y una vez más expresar impugnación a los congresistas.

Claudia Hernández Soriano

Los registros analíticos reflejan intereses más focalizados de la investigación que tienden ya a alejarse de la perspectiva de los actores. Es que, en algún momento, más allá del desciframiento de la vida social desde una mirada “interna”, o sea desde la lógica de los actores, el análisis de la información empírica llevará a quien investiga a desplegar sus propias interpretaciones y categorías, que pueden resultar distintas de las de sus interlocutores e interlocutoras. Así, indagar sobre las razones por las que se dice que las mujeres traen mala suerte en el interior de la mina, significa registrar las explicaciones de los mineros al respecto (los celos de la Pachamama), pero también reflexionar sobre la posibilidad de que existan otras razones que, aunque no se expresen explícitamente, remiten al funcionamiento social del mundo minero. En este caso, la creencia en el infortunio de las mujeres permite consolidar la división sexual del trabajo (ver Recuadro 17).

Alcanzar otro nivel de interpretación, científico - por decirlo de alguna manera -, no significa entonces imponer nuestras propias lógicas (planteando, por ejemplo, que los mineros dicen que las mujeres traen mala suerte porque están avasallados por creencias irracionales); más bien se trata de entender cuáles son los motivos y las consecuencias sociológicas que conllevan las interpretaciones de nuestros sujetos de estudio. A la distinción entre ambos niveles de interpretación se refieren los calificativos emic y etic.

### Recuadro 16. Etic/emic

#### Más allá de la perspectiva de nuestros/as interlocutores/as

**Perspectiva emic:** corresponde a la manera en la cual las personas perciben, interpretan, categorizan, expresan, explican su vida y su manera de comportarse.

**Perspectiva etic:** se refiere a las categorías, conceptos, interpretaciones, usados por el investigador o investigadora desde su perspectiva conceptualmente enfocada.

Detengamos un rato en la cuestión específica de las categorías emic y etic. Debido a que una misma palabra puede tener distintos significados, es frecuente que quienes se inician en la investigación caigan en el error de mezclar y confundir sus categorías con las de sus interlocutoras e interlocutores. Eso surge a raíz de que palabras como “familia”, “trabajo” o “Estado” son de uso común al habla coloquial y a las ciencias sociales; tienen no obstante significados muy distintos en uno y otro caso. En consecuencia, en los textos de valor etnográfico, es de suma importancia precisar claramente si las categorías y las interpretaciones presentadas surgen explícitamente del grupo social estudiado o son parte del proceso de conceptualización del que investiga.

### **Recuadro 17. ¿Por qué las mujeres traen mala suerte en la mina?**

#### **Explicaciones mineras e interpretaciones antropológicas**

En Bolivia, se escucha a menudo decir que las mujeres no deben ingresar al interior de la mina, so pena de hacer desaparecer las vetas. Los mineros explican que, en su presencia, la Pachamama se pone celosa y en vez de hacer crecer el mineral, lo desvanece. Sin embargo, a lo largo de mi investigación en el Cerro Rico de Potosí, veía cada día a las mujeres turistas entrar en la mina y muchos mineros me invitaron a visitar sus parajes. Les preguntaba: “¿Por qué nosotras sí, y no tu esposa?”. Me contestaban que, a supuesta diferencia de las mujeres de sus familias, las turistas y las gringas jamás usan pollera; por ende no son del todo mujeres, por ende la Pachamama no las percibe como verdaderas rivales.

En lo personal, no creo las mujeres hagamos desaparecer las vetas. Sin embargo, podría haber basado mi análisis sobre una aceptación literal de esta representación local. Podría, por ejemplo, haber subrayado cuan diferentes de sus pares europeos son los mineros bolivianos, inmersos en un mundo donde seres fantásticos gobiernan la explotación del subsuelo. Desde esta perspectiva, podría haber exaltado positivamente esta diferencia como muestra testimonial del vigor de una

cultura andina que supo resistir a la evangelización y a la racionalidad capitalista. En vez de creerse dueños de la tierra, los mineros bolivianos consideran que el hombre debe negociar su explotación con ella, a través del Tío o de la Pachamama; este modo de pensar entra en fuerte resonancia con los discursos actuales sobre la Tierra como sujeto de derechos. Pero el mismo punto de partida me hubiera podido llevar a una conclusión radicalmente diferente, y mucho menos positiva, donde los mineros terminan siendo víctimas de sus creencias, sometidos a un sinfín de supersticiones que terminan dictándoles sus comportamientos más allá de la razón.

En uno y otro caso, mi perspectiva de análisis antes que entender desde adentro las lógicas del mundo minero, habría plasmado sobre él tan sólo mis propias creencias. Construir un discurso antropológico no significa evaluar si las mujeres hacen o no desaparecer una veta minera (o sea juzgar esta creencia etnocéntricamente desde mi propia racionalidad). Tampoco se trata de hacer propias las explicaciones de los miembros de la sociedad estudiada, o sea, en mi caso, satisfacerme con la explicación de que la Pachamama, por celos, prohíbe a las mujeres ingresar al interior mina. Claro que el punto de vista de nuestros interlocutores e interlocutoras, - y la manera en la cual los mineros describen el punto de vista de la Pachamama -, es primordial para el análisis antropológico y es mejor limitarse a ello si uno no dispone de datos suficientes para un análisis crítico. Sin embargo, el rol del antropólogo supone ir más allá de los discursos locales (punto de vista emic) para construir su propio conocimiento (punto de vista etic), sin caer en el exceso inverso de proyectar sobre la realidad observada sus propias creencias. En el caso de mi investigación en el Cerro Rico de Potosí, esto significó intentar entender por qué era tan importante para los mineros y las mujeres de su entorno adherir al discurso según el cual las mujeres traen mala suerte al interior de la mina, presentándome múltiples ejemplos y pruebas.

Al visitar las comunidades campesinas del entorno de Potosí de donde provienen gran parte de los mineros cooperativistas,

me di cuenta de que esta idea minera tenía cierto parecido con la prohibición de que las mujeres que están menstruando se acerquen a las chacras, ya que, supuestamente, harían perder las cosechas. En efecto, la menstruación es considerada como el periodo más fértil del ciclo femenino; un momento en el cual la fertilidad de las mujeres entra en competencia con aquella de la tierra. Los celos atribuidos a la Pachamama podían entenderse entonces como una traducción minera de la misma lógica.

Sin embargo, si el alejamiento de las mujeres es solo pasajero en la agricultura, ¿por qué se habría vuelto permanente al interior de la mina? Simplemente, porque la mano de obra femenina no es allí tan imprescindible como en las chacras y porque, históricamente, tanto durante la *mit'a* española, como luego con las grandes empresas modernas, la extracción minera subterránea se ha constituido como una actividad masculina. Sin embargo, en las regiones rurales, las mujeres siempre han entrado en las minas artesanales para ayudar a los hombres. Más aún, durante la Guerra del Chaco, las mujeres reemplazaron la mano de obra masculina ausente, incluso en el interior de las minas. Es probable que en ese entonces nadie acusara a las mujeres de hacer desaparecer las vetas. O sea, la concepción de la existencia de una competencia entre la fertilidad de las mujeres y la de la tierra surge, se desvanece y vuelve a aparecer, en función del contexto productivo y de la necesidad de movilizar, o no, la mano de obra femenina. Hoy todavía, algunas mujeres del Cerro majan la peña como hombres a la vista de todos. Conocer este hecho, no impide sin embargo a los mineros afirmar que "eso no se puede". ¿Por qué? Porque la importancia del infortunio de las mujeres tiene poco que ver con su veracidad. En la época actual, afirmar que las mujeres traen mala suerte en el interior de la mina permite consolidar la división sexual obrera y urbana del trabajo entre el hombre proveedor de ingresos y una ama de casa que no debe competir económicamente con los hombres.

De esta manera, las transfiguraciones de las ideas acerca del infortunio que provocan las mujeres al interior la mina, ofrecen un panorama bastante distinto de la concepción según la cual las creencias de orden religioso son un sistema ideológico dogmático, inmutable e indiscutible que somete la razón

de los creyentes. Aquí, la función social de la creencia en el infortunio de las mujeres no es tanto explicar la realidad sino construir la organización social de los mineros. Y, de hecho, sería de verdad mala suerte para los hombres y su virilidad, que las mujeres trabajaran en la mina - compitiendo con ellos por los parajes - en vez de atender la casa, los hijos, y de satisfacerse de empleos mal remunerados que les mantienen en la dependencia de los sueldos masculinos.

Visto de este modo, los mineros bolivianos no son tan diferentes de sus pares europeos, ni sus ideas resultan tan exóticas: ¿La imposibilidad para una mujer de ser ordenada como sacerdote porque Eva nos volvió a todas impuras, no es acaso un avatar de la misma lógica masculinista que plantea el infortunio de las mujeres en las minas?

Pascale Absi

## LA ESCRITURA EN CUANTO ACTO RESPONSABLE

Hemos recalcado los posibles sesgos que surgen de los preconceptos del etnógrafo o etnógrafa y la necesidad de permitir que la sociedad estudiada sea diferente de nuestras expectativas, nuestros presupuestos y prejuicios. Esta disposición se prolonga y se afirma en la escritura. Así como debemos abstenernos de forzar - cuando no de crear - los datos, hemos de renunciar a callar pedazos enteros de la realidad bajo el pretexto de que no coinciden con lo que queríamos demostrar; a la manera de algunos fotógrafos que excluyen de sus tomas a las personas con vestimenta occidental con el afán de presentar al mundo “verdaderos indígenas” preservados de la contaminación de la sociedad global. Pero las responsabilidades no solo se ejercen frente a la ciencia sino también hacia los grupos sociales estudiados y la población en general; o sea a todas las personas a quienes pueda afectar nuestros escritos.

Hacia 1960, era común que los Estados coloniales emplearan antropólogos para conocer mejor las poblaciones colonizadas que debían administrar o combatir, como fue el caso durante la guerra de Vietnam. Aún hoy, sigue habiendo antropólogos y antropólogas (y cientistas sociales en general), enrolados en los ejércitos como traductores, informantes y mediadores

culturales. Aunque el contexto de nuestras investigaciones no sea probablemente tan dramático, nuestros datos también pueden servir a causas ajenas a nuestros propósitos y hasta revertirse en contra nuestros interlocutores e interlocutoras. Es frecuente que cuando las empresas emplean etnógrafos o etnógrafas para estudiar las relaciones de trabajo entre empleados y personal jerárquico, se les incite a registrar robos o los tiempos de descanso no previstos que perjudican la producción. Probablemente, estos dilemas sean más acuciantes cuando se trate de investigaciones cuyo objetivo es generar datos que luego serán usados como insumos para la formulación de políticas estatales, proyectos de desarrollo, fortalecimiento de una organización o de un movimiento social.

La cuestión es que, tarde o temprano, como científicos sociales, enfrentamos dilemas diversos y complejos que rebasan el compromiso con la producción honesta de conocimiento. Supongamos que tenemos el proyecto de reconstruir la historia de un territorio indígena con la finalidad de obtener una personería jurídica y acceder a derechos territoriales, políticos y culturales específicos ¿Qué haremos si nos damos cuenta de que la historia de la comunidad que investigamos la inhabilita para su reivindicación frente al Estado nacional como grupo étnico? ¿Qué impacto tendrá sobre las mujeres que ejercen la prostitución revelar como engañan los servicios de salud para poder ejercer sin pasar su control médico obligatorio? En otros casos, la divulgación de ciertos datos puede ser más perjudicial adentro que afuera del grupo social de estudio.

Anonimizar a los interlocutores e interlocutoras y el lugar del trabajo de campo, se puso de moda en las ciencias sociales para prevenir los posibles impactos negativos de la divulgación de información sobre las personas entre las que se ha llevado adelante la investigación. Sin embargo, esto no siempre es necesario o incluso deseable. A veces, los individuos que nos colaboran desean ver reconocido su estatus de co-autores y co-autoras; otras veces, quieren visibilizar su protagonismo, desde su identidad real, a través de nuestros escritos. De cualquier manera, las más de las veces su identidad no deja de ser un secreto a voces. Aunque decidamos callar el nombre y la residencia de esta familia cuyo cotidiano describimos, no será muy difícil identificarla para sus vecinos y es posible que, al caer entre sus manos, nuestros escritos

les revelen detalles que no les incumben o que podrían usar en contra de nuestros anfitriones. Registrar los ingresos familiares o la tenencia de tierra en una localidad, divulgando desigualdades conocidas pero no demostradas, puede exacerbar conflictos latentes. Frente a situaciones como estas, hay que delimitar entonces los datos de los que se puede prescindir, de los que no se pueden callar.

El equilibrio adecuado entre volver ciertos datos públicos o decidir callarlos es difícil de encontrar. En todo caso, lo importante es abstenerse de considerar que solo quien investiga sabe lo que está "bien" o "mal" en este sentido y cómo se debe actuar al respecto.

Por otra parte, más allá de la responsabilidad que tenemos frente a nuestras interlocutoras y nuestros interlocutores, al generar un discurso reconocido como "científico", nuestros escritos participan de la manera a través de la cual el resto de la sociedad se forja una opinión sobre los grupos sociales que estudiamos. Así, la descripción del ambiente de un prostíbulo no tendrá el mismo impacto sobre los lectores si se empieza con una escena donde las mujeres ríen como colegialas sobre el modo en que humillan y roban a sus clientes o si se narra el encuentro a solas con una de ellas, llorando sobre su almohada, la amargura de su vida. Frente a la complejidad de la realidad que nos es dada a ver, no hay otra salida que restituir su complejidad y ambivalencia, o sea registrar y escribir ambas situaciones, sin olvidarse de tomar en cuenta que el lugar donde las ubicaremos en el texto también tiene su importancia.

A pesar de la voluntad de mostrar que todas las sociedades son igualmente lógicas, coherentes y valiosas, paradójicamente, nuestros escritos pueden fortalecer los prejuicios y la discriminación. Al poner en primer plano las diferencias socio-culturales de las personas que estudiamos, sus costumbres "raras" o sus prácticas al límite de la Ley y de las normas sociales y morales de nuestra sociedad, sin subrayar también lo que les asemeja a nosotros y nosotras, puede consolidar estereotipos racistas y/o juicios de valor sobre la incapacidad o la ilegitimidad de ciertos grupos sociales en tanto ciudadanos con derechos. En este sentido, la descripción del modo de vida de poblaciones marginales (pobres, homosexuales, drogadictos, prostitutas, migrantes, etc.) nos enfrenta al riesgo de alimentar los prejuicios morales (del estilo "se lo merecen") y la hostilidad de otros sectores sociales, contribuyendo, en consecuencia, a la opresión de la que son víctimas. Frente a esta

encrucijada, es imprescindible analizar cuanto las lógicas de las personas, su vivencia y sus estrategias, no reflejan méritos o deméritos personales sino el funcionamiento global de la sociedad; en este caso, las fuerzas estructurales y los mecanismos ideológicos que les marginalizan.

## ¿DEVOLVER LA INFORMACIÓN?

A menudo se escucha decir que hay que “devolver” a la población de estudio la información que esta ha brindado durante la investigación. Nuestros interlocutores e interlocutoras mismas suelen a veces formular este reclamo. Por seductora y ética que parezca esta posibilidad, la misma supone reflexionar sobre lo que se entiende por “devolver la información”.

La expresión “devolver la información” parece dar por sentado que esta ha sido obtenida del mismo modo en que se robaría un documento. Sin embargo, al analizar el proceso de producción de conocimiento, hemos visto cuán lejos está de ser una mera colecta de datos y cuanto se trata de un proceso de construcción del cual quien investiga suele tener la principal autoría. Además, salvo en algunos casos (una historia de vida transcrita literalmente o la reproducción de fragmentos de discursos), la información presentada en el texto final de la investigación solo tendrá poco que ver con los datos empíricos brutos. Por ello, preferimos usar concepto de interlocutor e interlocutora en vez de informante.

No se trata, entonces, tanto de “devolver la información” sino de compartir con las poblaciones estudiadas los resultados de nuestras investigaciones y, por ende, de reflexionar previamente sobre el posible impacto que tendrán sobre ellas. Aquí tampoco hay regla automática. Salvo que la temática misma de la investigación haya sido elaborada conjuntamente con el grupo social estudiado, la experiencia muestra que nuestros centros de interés coinciden sólo parcialmente con los suyos. Nuestros escritos suelen estar, en primer lugar, destinados a lectores exteriores. Sus problemáticas y análisis no siempre fascinan los sujetos de la investigación, tampoco su retórica.

Una posible solución consiste en la escritura de dos textos: por un lado, el informe de investigación propiamente dicho - ajustándose a los cánones

de la narrativa científica - y, por otro, un texto dirigido al grupo social estudiado, focalizado en los aspectos que les interesa manifiestamente conocer, escrito en un lenguaje accesible para aquellos y aquellas que no desean o pueden leer un texto académico. A veces, un video, o un catálogo comentado de fotografías pueden ser medios más acordes con los proyectos del grupo social estudiado. Finalmente, existe (y es bastante frecuente) la posibilidad de que a nuestras interlocutoras e interlocutores no les interese en lo absoluto conocer el resultado de nuestras investigaciones. Hemos visto que las razones por las cuales han aceptado colaborar con nuestro trabajo, y sus expectativas de reciprocidad, pasan por muchos otros canales que nuestros escritos finales; pueden, incluso, haber sido saldadas ya durante el trabajo de campo.

### **Recuadro 18. "En busca de respeto"**

#### **Fragmentos de una escritura etnográfica implicada**

El libro "En busca del respeto: vendiendo crack en Harlem"<sup>18</sup> (Bourgois, 2010) analiza las estrategias económicas y sociales de familias, mayormente portorriqueñas, de uno de los barrios más pobres de Nueva York. Con este objetivo, el autor se mudó varios años con su familia cerca del punto de venta y consumo de crack, que constituye el eje central de su trabajo de campo. En el fragmento reproducido literalmente a continuación (correspondiente a las páginas 49 a 52), Bourgois relata cómo negoció, a nivel micro, su lugar de etnógrafo y las relaciones desde las cuales llevó a cabo su investigación.

El texto presenta el estilo característico de una escritura etnográfica, en la que el relato en primera persona del singular ("yo"), citas de diálogos y descripciones detalladas de situaciones de campo, aparecen permanentemente. El objetivo no es (únicamente) atestiguar que realmente se hizo trabajo de campo, sino dar a los lectores la impresión que ellos y ellas también estuvieron allí, sacar a relucir el

18 BOURGOIS, Philippe, 2010 (1995). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Siglo Veintiuno Editores. Argentina.

protagonismo del investigador o simplemente volver la lectura más amena. Para Bourgois, relatar sus interacciones con los puertorriqueños de Harlem es una manera de explicar cómo fue construyendo, día tras día, llevado por los encuentros y los eventos, su entendimiento de la vida de sus vecinos y vecinas. Si bien siempre habrá una parte de ficción en este proceso narrativo, la escritura etnográfica pretende también limitar la posición dominante de quien investiga, haciendo dialogar sus conclusiones sociológicas con las palabras e interpretaciones de sus interlocutores e interlocutoras, aunque, por supuesto, el autor es quien finalmente elige qué contar y cómo.

En el fragmento que reproducimos a continuación, sin las notas de pie de página, Bourgois relata cómo humilló involuntariamente a Ray, el cabecilla del negocio de crack en el barrio, poniendo en peligro el desarrollo de su investigación y su propia seguridad. El relato del incidente es un buen ejemplo de cómo el análisis de las interacciones entre el etnógrafo o etnógrafa y su universo de estudio (es decir su implicación) es una fuente crucial de conocimiento. En este caso, una torpeza llevó a Bourgois a exponer públicamente la brecha entre las habilidades, jerarquías y los códigos de los puertorriqueños del barrio, y aquellos del mundo blanco y letrado donde el investigador se desempeñaba normalmente. Experimentar en carne propia este desfase, permitió al etnógrafo percibir de manera mucho más densa y precisa los mecanismos de exclusión y el sentir de sus interlocutores e interlocutoras frente al mundo legal, cuestión que constituía una pregunta central de su investigación.

“En retrospectiva, me avergüenza que mi falta de astucia callejera me haya llevado a humillar, aunque fuera de manera accidental, al hombre responsable de asegurar no solo mi acceso al mundo del *crack*, sino también a mi bienestar físico. Pese a mis dos años y medio de experiencia en las casas de *crack* en este entonces, quizá estuvo justificado que me dejara seducir por la atmosfera amistosa de una noche. Ray reía y conversaba recostado sobre el paragolpes de su Mercedes

dorado. Sus empleados y seguidores también estaban alegres, pues “el jefe” acababa de invitarnos a una ronda de cerveza y había prometido traer langosta del único restaurantucho chino que sobrevivía en la cuadra. A todos nos entusiasmaba ver a Ray de buen humor. Le volvía capaz de una generosidad impredecible, en contraste con la rudeza que le caracterizaba. La noche era joven y cálida. Los heroinómanos demacrados y los adictos al *crack* o la cocaína intravenosa, congregados en la esquina de La Farmacia 24 horas al día, 7 días a la semana, se habían replegado por respecto a la vereda del frente. De vez en cuando miraban nuestro grupo con envidia. Teníamos el espacio bajo control.

Quizá también fuera normal que yo quisiera ostentar mi relación con él “bichote” de la cuadra, una relación que cada día era más estrecha y más privilegiada. En los primeros días de la semana, Ray me había contado los detalles íntimos de su pasado como *stick-up artist*, o artista del asalto a mano armada. Según su relato se especializaba en asaltar puntos de venta de droga hasta que un vigilante lo emboscó mientras huía de un punto de heroína con \$14.000. La fuga terminó en un tiroteo de techo a techo y una condena de cárcel de 4 años y medio. La hermana de Ray cubrió la fianza con los \$14.000 robados que Ray logró ocultar antes de que lo arrestaran en un envase de alquitrán para techar.

Quizá también yo bajara la guardia porque, minutos antes, Ray había hecho alarde frente a todos de que me había comprado una Heineken, en vez de la Budweiser 15 centavos más barata que les había dado a los demás. “Felipe, ¿tú bebes Heineken, no?”, preguntó en voz alta para que todos lo oyeran. Me sentí aún más privilegiado cuando el mismo se compró una Heineken, como para distinguirnos los dos, con nuestras botellas verdes de cerveza importada, de los bebedores comunes de la calle.

Metido de lleno en ese ambiente, pensé que era un buen momento para compartir el pequeño éxito mediático que había logrado esa mañana: una foto mía en la página 4 del

*New York Post* junto al presentador de televisión Phil Donahue, tomada durante un debate sobre el crimen en East Harlem celebrado en el horario pico televisivo. Yo esperaba que esto impresionara a Ray y a su camarilla y aumentara mi credibilidad como un "profesor de veras", con acceso al "mundo blanco" de la televisión diurna, pues en ese entonces, algunos miembros de la red de Ray continuaban sospechando que yo era un impostor, un adicto, un charlatán o un pervertido que se hacía pasar por un "profesor presumido". Peor aún, mi piel blanca y mi procedencia de clase social ajena al vecindario, mantuvo a algunos convencidos hasta el final de mi estadía de que yo era un agente antinarcóticos en una misión encubierta. La foto del diario era una manera de legitimar mi presencia.

Noté que Ray se contrajo e hizo un gesto una cara extraña cuando le pasé el periódico, pero ya era demasiado tarde para detenerme. Yo ya había gritado: "¡Hey Big Ray, mira mi foto en el periódico!", en voz alta para que todos escucharan. Media docena de voces habían empezado a pedirle que leyera el epígrafe de la foto. Ray hacía un intento torpe por manejar el diario y reinó un silencio ansioso mientras la brisa volteaba las páginas. Quise ayudarlo señalando con el dedo el punto donde comenzaba el texto, pero él se agitó, fingió indiferencia y trató de lanzar el diario a la cuneta. Sin embargo, sus admiradores le pidieron con más firmeza que leyera. "¡Vamos Ray! ¿Qué pasa? ¿Qué dice la foto? ¿Lee, lee!" Ya incapaz de salvar las apariencias inclinó el periódico hacia el ángulo en el que la luz de la calle le era más favorable y frunció el ceño con un gesto de concentración intensa. En una ráfaga de lucidez, por fin reconocí el problema: Ray no sabía leer.

Desafortunadamente lo intentó. Tropezó angustiosamente por el epígrafe (titulado irónicamente "la calma detrás de la tormenta") con una cara tan contorsionada como la de una estudiante de primaria a quien su maestro ha señalado para ridiculizarlo. El silencio que habían mantenido sus acompañantes se fue resquebrajando con risas ahogadas. La herida de fracaso institucional que Ray cargaba desde niño,

enterrada y sobre compensada a lo largo de los años se había abierto repetidamente. “¡Coño Felipe, me importa un carajo! Lárguense de aquí ¡Todos!” Con torpeza, acomodó su cuerpo en su Mercedes, apretó el acelerador y dio vuelta a la esquina haciendo rechinar las llantas sin prestar atención a la luz roja ni a los traficantes que se encontraban frente a La Farmacia y que con su semblante de sobrevivientes de Auschwitz esquivaron el Mercedes y siguieron vendiendo cocaína, heroína adulterada, Valium y polvo de ángel.

Primo, mi amigo más cercano en el vecindario, gerente de la otra casa de *crack* de Ray conocía como el Salón de Juegos, situada en una galería de video juegos a dos puertas del departamento infestado de ratas donde yo vivía con mi esposa y mi bebé, me miró preocupado y me recriminó: “Oe, Felipe, humillaste al negro gordinflón”. [...]

Para recuperar su dignidad, Ray redefinió su ira como una preocupación legítima por el peligro que mi aparición en la prensa podía representar para sus operaciones. La siguiente vez que lo vi estaba en el Salón de Juegos que quedaba al lado de mi casa, haciendo una entrega de *crack* y recogiendo el dinero de las ventas de media jornada. Al verme, me empujó contra una esquina y me dijo en voz alta, para que todos escucharan:

“Felipe, déjame decirte, a la gente que hace que cojan a alguien, aunque sea por accidente, los encuentran en los zafacones con el corazón por fuera y con el cuerpo hecho pedazos como pa’ una sopa... o a veces acaban con los dedos en un tomacorriente ¿Tú me entiendes?” [...]

Philippe Bourgois



# 5 EPÍLOGO

En la etapa de conformación de las ciencias sociales, durante el siglo XIX, una de las grandes polémicas era si estas debían regirse por el mismo método que las ciencias naturales o, por el contrario, desarrollar uno propio dada la naturaleza particular y subjetiva de los hechos sociales. Los defensores del método de las ciencias físicas (auto denominadas "exactas") objetaban los métodos cualitativos alegando que la presencia de un investigador representaba un problema, una interferencia, cual si se tratase de un experimento de laboratorio en el que el observador puede contaminar la muestra. Para quienes defendían este punto de vista, los métodos cualitativos de observación eran incapaces de representar positivamente, de manera objetiva, la realidad de los individuos que se proponían estudiar.

Hemos subrayado a lo largo de este manual que, si bien los discursos y las prácticas sociales de la gente con la cual hemos compartido son generalmente registrados con exactitud, la manera en que se interpretan y expresan a través de la escritura depende de la persona del investigador o investigadora. Sin embargo, hemos recalado en qué medida, para la tradición etnográfica moderna, su presencia en el campo no es un obstáculo, sino que se torna en pieza fundamental del método, piedra angular de la construcción del conocimiento. Esto, si y solo si, se

reflexiona de manera profunda sobre los medios mediante los cuales se va a producir este conocimiento.

Además, la ciencia es por definición un proceso colaborativo. El debate entre colegas sobre temas afines o sobre un mismo objeto de estudio, ayuda a salir de las perspectivas meramente individuales y a afinar nuestras estrategias de conocimiento. Nadie se puede sentir investido como dueño o dueña, único portavoz autorizado, de su campo y objeto de investigación.

La reflexión metodológica y epistemológica ligada a la concepción de que quien investiga es parte de los fenómenos observados, es un aporte central de la antropología, no solo a las demás ciencias sociales sino también a las ciencias en general, incluyendo a las más positivistas, que durante siglos obviaron esta cuestión. Sin embargo, basta ver hoy los preconceptos e intereses no científicos de muchos investigadores e investigadoras, - en función de sus fuentes de financiamiento, sus compromisos políticos, su percepción del desarrollo, pero también su honestidad intelectual -, operando en las controversias sobre el cambio climático (incluso negando de su existencia a través de la manipulación de datos), para convencerse de que la subjetividad impregna también las mal llamadas ciencias exactas. Otro ejemplo, lo constituye el actual resurgimiento del viejo debate sobre lo innato vs. lo adquirido (naturaleza vs. cultura), bajo el asalto de ciertas corrientes de las neurociencias en su búsqueda de privilegiar la determinación biológica (el gen de la delincuencia, la existencia de un cerebro masculino o femenino al nacer, etc.) sobre los factores psicosociales. En este caso, al mismo tiempo que se intenta descalificar la falta de "objetividad" de las ciencias sociales, se reintroducen sesgos ideológicos destinados a simplificar la comprensión de la complejidad de los seres humanos y de la sociedad y, por ende, su gestión política.

Objetividad no es sinónimo de neutralidad o de apego a "los hechos", sino de la lucidez y de la honestidad con las que se reflexiona sobre los procedimientos de construcción del conocimiento. Producir, de forma lo más objetivamente posible, el conocimiento no significa, por ende, eliminar de manera artificial los condicionantes financieros, académicos y sociales, ni los factores subjetivos, los azares y las suertes que intervinieron en el proceso sino restituirles su lugar e interrogarse sobre su papel en nuestros resultados.

## PARA IR MÁS LEJOS

GUBER Rosana, 2004. *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós, Buenos Aires. Disponible en línea.

YAPU Mario (coord.), Jorge Komadina, Julio Córdova, Rodney Pereira, Nadia Gutiérrez, Gilmar Gonzales S. 2015. *Pautas metodológicas para investigar en ciencias sociales y humanas*. U-PIEB, La Paz.

YAPU Mario (ed.), Denise Arnold, Alison Spedding, Rodney Pereira. 2006. *Pautas metodológicas para investigaciones cualitativas y cuantitativas en ciencias sociales y humanas*. U-PIEB, La Paz.



La presente edición se terminó de imprimir  
el mes de marzo de 2019 en  
**“Imprenta Rayo del Sur”**  
Calle Colón N° 107  
Tel/Fax: 4-6428699  
*Sucre - Bolivia*

**E**ste manual presenta conceptos y herramientas del método etnográfico para el uso de quienes quieran incursionar en el trabajo de campo etnográfico, sin necesariamente tener formación en antropología.

Varias disciplinas como la sociología, el trabajo social, la psicología, las ciencias de la educación reivindican el método etnográfico para sus datos empíricos. Es común, también, que el personal docente, médico, agentes de proyectos de desarrollo y de políticas públicas decidan hacer etnografía, o que alguien desee investigar etnográficamente el grupo social al cual pertenece. Sin embargo, los textos sobre el método etnográfico están-en general-escritos para antropólogos (¡y antropólogas!), lo que limita su acceso para un público más amplio. Es este vacío, el que nos ha alentado a elaborar el presente manual.

